

Selección



MIS AMADOS MUERTOS

Adam Surray

SELECCION

TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

504 – Dominadas por el pánico, *Ada Coretti*.
505 – Angeles de alas negras, *Clark Carrados*.
506 – La putrefacción de la carne, *Lou Carrigan*.
507 – Pánico a bordo, *Clark Carrados*.
508 – Viaje al interior de la muerte, *Frank Caudett*.

ADAM SURRAY

MIS AMADOS MUERTOS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 509
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 35.086 - 1982
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1982
1.* edición en América: junio, 1983

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

Paula Nilsson se incorporó.

—¿Pasamos al salón?

Los dos hombres se levantaron.

Uno de ellos lo hizo más lentamente. Se demoró contemplando a la mujer. Sin ocultar un lascivo brillo en su mirada. Sus ojos parecieron querer devorar a la mujer.

Unos ojos de búho. Coronados por pobladas cejas oscuras que destacaban en un blanquecino rostro. Así era Stephen Hancock. Su mirada resultaba viscosa. Máxime al contemplar a una mujer hermosa.

—¿Un cigarro, Stephen?

Hancock desvió los ojos de la mujer.

Fijándolos en Victor Nilsson.

Y una instintiva mueca se reflejó en Stephen Hancock. Se resistía a creerlo. No podía comprender a una mujer de la belleza de Paula unida a un individuo como Victor Nilsson. Un hombre de aspecto insignificante. De complexión débil. Cabello ya gris en los aladares. Un hombre que ya había cruzado la frontera de los cincuenta años de edad.

Unido a Paula Nilsson.

Una mujer veinte años más joven.

El salón era reducido. Acogedor. De sencillo mobiliario. Adornado con cuadros y objetos de porcelana.

El deambular de la mujer por el salón fue seguido por la vidriosa mirada de Stephen Hancock. Sin importarle que la lujuria de sus ojos pudiera ser detectada por Victor Nilsson. Este, en verdad, parecía ajeno. Centrada toda su atención en encender el cigarro.

—Voy a por el café, Victor...

—¿Sí, querida?

—Puedes ir sirviendo el brandy a nuestro invitado.

—¿Cómo...? Ah, sí..., por supuesto. ¿Dónde está Sally?

—Sabes que tiene su madre enferma. Bastante hizo con venir a preparar la cena y todo lo demás. La he mandado nuevamente a su casa.

—Lamento las molestias que...

—¡Tonterías, Stephen! —Interrumpió Victor Nilsson, acudiendo al mueble bar—. Tú siempre eres bien recibido, ¿verdad, Paula?

Los ojos de la mujer se enfrentaron con los de Stephen Hancock.

Y de inmediato bajó la cabeza.

Incapaz de soportar la sucia mirada del individuo.

—Voy a por el café.

Stephen Hancock la siguió con los ojos.

Paula estaba próxima a los treinta años de edad. En la plenitud de su belleza. Radiante de hermosura. En la etapa más seductora de toda mujer.

Lucía un sencillo vestido. Muy poco provocativo, sin embargo, sus opulentos senos se acusaban pujantes bajo la tela. También las pronunciadas caderas se acusaban en innato ondular.

—¿Un brandy, Stephen? Este lo reservo para las grandes ocasiones.

—¿Esta es una buena ocasión, Victor?

—¡Seguro! Tu visita a Hinesville siempre lo es.

—Vengo a hablar de negocios, Victor.

—¿Negocios?

—De nuestra sociedad.

—Estás minuciosamente informado de la marcha del negocio, Stephen. Todos los meses recibes...

—Miseria, Victor. Eso es lo que recibo todos los meses.

Nilsson inclinó la cabeza. Pareció encogerse en el sillón. Acentuando su insignificante aspecto.

Y Stephen Hancock volvió a dirigirle una perpleja mirada. Aquel hombre no sólo había logrado casarse con una mujer como Paula, sino que era además un individuo inteligente. Un cerebro privilegiado. Ganador de diferentes premios por sus investigaciones en bioquímica. Doctor honorífico en varias universidades de los Estados Unidos y en Europa. Autor de libros científicos.

Allí estaba.

Empequeñecido.

Sin atreverse a enfrentar su mirada con la de Hancock.

Retornó Paula portando sobre una bandeja de plata el juego de café. Lo depositó sobre la mesa. El vestido no era muy escotado, pero al inclinarse mostró el nacimiento de sus exuberantes senos. Y allí quedó centrada la lujuriosa mirada de Stephen Hancock.

Paula enrojeció.

Acusando todas aquellas miradas.

Una sensación de vergüenza y asco se adivinaba en Paula. Procuraba dominarse: Fingir ignorar aquellas sucias miradas.

—Voy a retirar la mesa del comedor.

—¿No puedes dejar eso para luego? —inquirió Victor Nilsson—. Hay que hacer lo honores a nuestro invitado.

Paula forzó una sonrisa.

—Deduzco que vosotros hablaréis de negocios. Y eso me aburre. Buenas noches, Stephen.

La mujer salió casi precipitadamente.

Victor Nilsson sacudió la cabeza.

—No lo comprendo... Debe encontrarse algo indispuesta.

—No le resulto simpático.

—Eso no es cierto, Stephen. Paula es sociable con todo el mundo. Es una magnífica muchacha.

—Jamás lo he puesto en duda, Victor. Paula es bonita e inteligente. Me sorprende que siga unida a ti.

—¿Por qué dices eso? Nos queremos.

—¿De veras? —rió Hancock, maliciosamente—. Paula es joven. Demasiado joven para ti. No eres un viejo decrépito, pero siempre permaneces encerrado en tu laboratorio, con tus experimentos, con tus sueños fantásticos... No es bueno dejar sola a una mujer como Paula.

—Paula también me ayuda. Tiene amplios conocimientos. Trabajó en al laboratorio Bauer, de Sacramento. Allí la conocí.

—Allí te engatusó.

—Explícate.

—Todas las mujeres son iguales, amigo Victor. Tú acababas de recibir el premio Pasadena, ¿no es cierto? Estabas siendo agasajado en Sacramento. Paula te consideró un tipo importante. Forrado de dólares. Y te echó el lazo.

—Paula me quiere.

Hancock rió en despectiva carcajada.

—¡Pobre Paula...! ¡Cinco años encerrada en un villorrio como Hinesville! Son ya cinco años, ¿verdad, Victor? Cinco años de matrimonio. Aunque todos cometemos errores. El asociarme contigo el mayor de todos. Debía estar borracho aquel maldito día.

—Por aquel entonces lo considerabas un buen negocio, Stephen.

—¿Lo ha sido?

Victor Nilsson volvió a inclinar la cabeza.

Sin responder.

Lo hizo Stephen Hancock, incorporándose furioso y aplastando el cigarro recién empezado en el cenicero de cristal que adornaba sobre la mesa.

—¡No, maldita sea...i ¡Actualmente sólo me ocasiona gastos! ¡Todas las brillantes perspectivas se han ido al diablo!

—Por favor, Stephen... No grites... no quiero que Paula...

—¿Qué ocurre, Victor? —Rió Hancock—, ¿Secretos con tu linda mujercita? ¿Acaso no sabe ella de tu fracaso?

—Yo no he fracasado. Mi trabajo es un éxito.

—Lo dudo. Te han abandonado muchos... clientes.

—Se dejó de pagar la cuota mensual de mantenimiento. Y según las condiciones del contrato queda...

—¡Al infierno con eso!

—Por favor, Stephen — volvió a suplicar el profesor Nilsson—. Modérate. Podemos hablar y...

—Aquí no, Victor. Salgamos. Quiero echar un vistazo a mi nefasta inversión.

—¿Ahora?

—Sí, Victor. Ahora.

Nilsson asintió dócilmente. Como un perro amaestrado. Se levantó del sillón abandonando la estancia. Reapareció a los pocos minutos ajustándose una chaqueta.

—Cuando quieras, Stephen.

—¿Y Paula? Me gustaría despedirme de ella. Yo seguiré viaje a Dallas.

Nilsson carraspeó.

—Bueno... Paula... ya se ha retirado a su habitación y...

—Comprendo —cortó Hancock, secamente—. En marcha, Victor.

Los dos hombres abandonaron la casa.

El hogar de los Nilsson era un moderno bungalow en las afueras de Hinesville. Cercado por pequeño y bien cuidado jardín.

—Vamos en mi auto, Victor. Luego te acompañaré hasta aquí.

—Espera... Voy a dejar encendida la luz del porche. La otra noche casi me rompo la cabeza al subir los escalones.

El auto de Stephen Hancock, un Pontiac «Ventura» color negro, se estacionaba frente a la casa.

Stephen Hancock se acomodó frente al volante accionando el motor. Esperó a Nilsson para seguidamente enfilar hacia la salida.

Los faros del auto taladraron la oscuridad de la noche.

Una oscuridad total.

El negro manto del cielo carecía de luna y estrellas.

Hinesville, sumida en el letargo nocturno, aparecía también con reducida iluminación. Sólo los postes de alumbrado distanciados y algún que otro anuncio de neón.

El Pontiac se alejó aún más de la ciudad. Primero enfiló por la carretera principal que unía a Hinesville con Cloris City; pero a unas trescientas yardas el auto se desvió hacia su izquierda. Por una bifurcación.

El trayecto fue corto.

Menos de una milla.

El vehículo fue serpenteando por un estrecho camino. Hasta que los faros iluminaron la muralla.

Stephen Hancock hizo una mueca.

—Ahí está...

—No te gusta, ¿verdad, Stephen? Jamás te ha gustado.

—¿Gustar? —Inquirió Hancock, con sarcasmo—. ¿A quién puede gustar eso?

Los faros del auto iluminaron ahora el cartel situado a pocas yardas de la muralla. Pudo leerse con toda nitidez.

Dos únicas palabras.

«Cryonic Cemetery.»

CAPITULO II

Una alta muralla cercaba la propiedad.

La metálica puerta de acceso fue franqueada por Victor Nilsson sin descender del auto. Mediante un mando de control remoto.

En el rostro de Hancock se acentuó la mueca de desagrado.

Ahora, pese a la oscuridad de la noche, divisó la casa. El denominado Cryonic Cemetery. De una sola planta. De forma octogonal. Construida en acero. Sin ventana alguna. El bloque se unía a otro por una especie de túnel de comunicación. Más reducido. Este segundo con ventanal y planta circular.

Stephen Hancock detuvo el auto frente a los bloques.

Al descender del vehículo, sacudió la cabeza.

—Maldita sea... Se acusa el frío.

—No digas tonterías, Stephen —sonrió Nilsson, saliendo también del Pontiac—. Son imaginaciones tuyas. Te impresiona el Cryonic Cemetery. Eso es todo.

—Muy pocas cosas me impresionan, Victor.

El profesor Nilsson se había detenido frente al bloque de planta circular. El pomo de la puerta de acceso estaba dentado. Manipuló formando la combinación que franqueaba la hoja de acero.

Pasaron al interior.

Una estancia semicircular. Amplia. Con mobiliario modular. La cama abatible aparecía extendida. Sobre una mesa gran cantidad de papeles, libros y planos.

—Esta es mi segunda casa, Stephen —comentó Nilsson, agrupando aquellos desordenados papeles de la mesa—. Aquí paso horas y horas. Investigando.

Hancock se dejó caer en uno de los sillones.

Encendió un cigarrillo.

—¿Investigando, Victor? ¿El qué?

—Pues... He perfeccionado el método, Stephen. Aún no estoy seguro del éxito, pero si resulta positivo será el más resonante triunfo científico del siglo. Algo que asombrará y...

—No te molestes en investigar más, Victor —interrumpió Hancock, exhalando una bocanada de humo—. El Cryonic Cemetery deja de funcionar.

Nilsson parpadeó.

Reaccionó forzando una sonrisa.

—No puedes hacer eso, Stephen.

—Puedo y lo haré.

—Escucha, Stephen... Reconozco que no has hecho un buen negocio con el Cryonic Cemetery. Al principio sí parecía serlo, ¿recuerdas? Fueron veinte los hibernados. Veinte clientes que pagaron cuarenta mil dólares cada uno para que se iniciara el proceso de hibernación.

—Lo recuerdo. Y recuerdo también el capital desembolsado para la construcción del Cryonic Cemetery. ¡Una fortuna! ¡Sin contar el pago a tu equipo de colaboradores! Ayudantes de laboratorio, técnicos...

—Era necesario, Stephen; pero fue cuestión de meses. Ahora controlo el Cryonic Cemetery yo solo. Ya no necesito ninguna ayuda.

—Por supuesto. Ya no vienen clientes.

Victor Nilsson esbozó una amarga sonrisa.

—La sociedad se ha vuelto incrédula, Stephen. Reconocen los avances de la ciencia. Están convencidos de que muchos muertos de hoy, enfermos incurables, pueden volver a la vida en un futuro. Lo triste es que no creen que exista un futuro. De ahí la ausencia de clientes. Nadie paga cuarenta o cincuenta mil dólares en un proceso de hibernación. Convencidos de que el mundo estallará en mil pedazos antes de que finalice el siglo.

—Empezamos con veinte clientes, Victor. Y luego llegaron algunos más. ¿Cuántos quedan ahora?

—Este no es un negocio de...

—¡Responde, maldita sea!

Nilsson inclinó la cabeza.

—Siete.

—¿Siete...? Mientes, Victor. Sólo dos están pagando la cuota mensual de mil dólares por el mantenimiento. ¡Unicamente dos!

—Al principio pagaban todos, Stephen. El primer año se pagaron todas las mensualidades. Al segundo, empezaron las deserciones. Y al tercero... Los familiares del difunto hibernado se negaron a seguir pagando. Una de las cláusulas del contrato advierte que sí se deja de pagar la cuota mensual de mantenimiento, el hibernado será desconectado y todo el proceso cesaría. Poco les importa los cuarenta mil dólares dispuestos por el difunto para su hibernación. Prefieren los familiares perder todo con tal de dejar de pagar los mil dólares mensuales. El hombre olvida fácilmente a sus muertos. Conozco casos de familiares que se empeñaron económicamente para reunir los cuarenta mil dólares y poco después se negaron a pagar la cuota de mantenimiento.

—Yo no pagaría ni un centavo.

—¿Por qué dices eso, Stephen? Tú siempre has confiado en mí. La hibernación ya no es una utopía. Los experimentos científicos llevados a...

—Me convenció la euforia del momento, Victor. La hibernación estaba en auge. Douglas Murphy, la gran estrella de Hollywood, falleció víctima de un cáncer incurable. Fue hibernado en California. Entonces llovieron las solicitudes. Y fue entonces cuando coincidimos tú y yo en Hinesville. Me hablaste de tus investigaciones y experimentos en el campo de la hibernación.

—Yo te solicité una pequeña ayuda económica, Stephen. Un préstamo para poder continuar con mis investigaciones. Tú me sorprendiste con la idea de construir el Cryonic Cemetery.

—Lo consideré un buen negocio.

—Tienes que continuar con él, Stephen. Cuido de siete hibernados. No se puede abandonar el proceso.

—¿Siete? ¿Son en verdad siete?

—Sí, Stephen.

—¿Por qué sólo dos pagan la cuota mensual de mantenimiento?

—Estos siete hibernados están siendo tratados con un nuevo método, Stephen. Experimento en ellos desde su ingreso. He hecho un gran descubrimiento que revolucionará la técnica de la hibernación. Empecé hace un año aproximadamente. Con Nancy Bloom, ¿la recuerdas?

—Recuerdo sus cuarenta mil dólares.

—Luego ingresaron seis más —dijo Victor Nilsson, ajeno al comentario irónico de su interlocutor—. Estos siete sufren un proceso de hibernación diferente a los demás.

—¿Los demás? —Rió Stephen Hancock—. Ya no te queda ninguno. Todos los cadáveres fueron rescatados por sus familiares y enterrados en vulgares cementerios.

—Lo sé...

—Bien, Victor. El negocio es ruinoso y tú te permites el seguir manteniendo el proceso a cinco hibernados más. Cinco hibernados que no pagan la cuota mensual.

—Ya te he dicho que experimento con ellos, Stephen. Son... son mis preferidos. Los cuido como si realmente estuvieran con vida. Y para mí así es. Los considero enfermos. Enfermos que, en un futuro no muy lejano, serán curados. Cuando el cáncer sea vencido. La mayoría de ellos murieron víctimas del cáncer.

—Quiero verlos, Victor.

—¿Quieres...?

—Sí.

—Nunca has deseado entrar en el Cryonic Cemetery. Ni tan siquiera el día en que fue construido.

—Quiero comprobar si son realmente siete... o sigues almacenando ahí una legión de cadáveres.

—No te miento, Stephen; pero si ése es tu deseo...

Victor Nilsson tecleó sobre un microprogramador depositado sobre la mesa escritorio.

Se alzó una puerta de guillotina. Descubriendo el túnel de acceso al bloque octogonal.

Nilsson y Hancock se adentraron por el corredor.

Al final de la galería, al pisar una plancha del suelo, se alzó automáticamente una metálica puerta.

Penetraron en la estancia. Paredes abovedadas. Con paneles electroluminiscentes. Allí estaban las cajas. Las cápsulas de los hibernados. Féretros de cristal. Extraños ataúdes fijos en el suelo. Uno a continuación del otro. Formando un círculo. Diferentes tubos, filamentos y complicados

aparatos electrónicos unían cada cápsula a la pared. También, acoplado^ cada féretro, un panel de diminutas pantallas, bandas magnéticas y extraños diales.
Stephen Hancock fue examinando una a una las cápsulas.
Sí.
Sólo siete de ellas estaban ocupadas.
Con su correspondiente cadáver hibernado.
—Victor...
—¿Sí?
—¿Qué pasaría si empiezo a manipular en esos complicados aparatos? Conectando y desconectando, accionando pulsadores, arrancando cables...
—Interrumpirías el proceso, Stephen. Se originarían graves alteraciones. Todo es muy complicado. Sólo yo estoy al corriente del manejo de los aparatos. Este es un nuevo método que...
—Si, Victor. Ya me lo has dicho. Tu gran descubrimiento que asombrará a todos los patanes.
—Confía en mí, Stephen. Compartiré contigo el triunfo. Prometo que te recuperarás del capital desembolsado y...
—Demasiado tarde, Victor —interrumpió Hancock—. Voy a vender la propiedad. Todo el terreno. Me han hecho una buena oferta. La Corbin Company quiere instalar aquí una fábrica. Este es un terreno que catalogan como ideal y pagan muy bien.
Una mueca de estupor se reflejó en el profesor.
—No... no puedes hacer eso, Stephen... Es imposible trasladar el Cryonic Cemetery a otro lugar. La instalación no puede ser...
—¿Trasladar? —rió Hancock, divertido—. ¿Quién habla de trasladar a tus amados muertos? ¿Me crees tan idiota de costear ese supuesto traslado?
—¿Entonces...?
—Sí, Victor. Lo que estás pensando. Esto se acabó. Pagaré una indemnización a los familiares de los dos hibernados que siguen pagando la cuota. Sólo a esos dos. Los otros cinco han perdido todos sus derechos por dejar de abonar el estipulado mantenimiento.
—No... No, Stephen... He trabajado muy duro... mis experimentos... mi investigación. He descubierto algo fantástico que...
—No voy a privarte de tu inteligencia, Victor. Sigue investigando, pero no aquí.
—Los necesito, Stephen... Necesito a esos siete hibernados —murmuró Nilsson, angustiado—. Son... son míos...
Stephen Hancock se aproximó a una de las cápsulas.
El vidrio permitía contemplar el cadáver.
El cadáver de un hombre. Níveo. Rígido. Totalmente desnudo. Con unas extrañas líneas verdosas destacando en su cuerpo. Como si las venas le quisieran reventar.
—¿Qué calculas que debo pagar de indemnización, Victor? Aunque... creo que los familiares se alegrarán por el simple hecho de dejar de abonar la

mensualidad. Seguro. Todos estarán arrepentidos. Es ridículo alimentar a un cadáver. Puede que no les pague nada. Ninguno reclamará. En una de las cláusulas del contrato se habla de accidentes ajenos al equipo científico. Nadie acudirá a echar un vistazo por aquí. Nadie entiende de estos aparatos...

—No... ¡No, Stephen...!

Hancock se había inclinado sobre el panel de uno de los féretros de cristal. Comenzó a presionar pulsadores e interruptores. Riendo en desaforada carcajada.

Victor Nilsson se abalanzó sobre él.

Tratando de impedirlo.

Fue rechazado violentamente.

—¡Aparta, estúpido...! Voy a confesarte algo, Victor. Nos conocemos desde hace tiempo. Los dos hemos nacido en Hinesville. Y desde hace mucho tiempo te he envidiado. Yo disponía de una considerable fortuna, pero tú eras admirado por tu inteligencia..., tú eras quien destacaba... Mis negocios han ido de mal en peor. Yo me hundo y tú sigues pavoneando de inteligencia...

Nilsson había caído al suelo.

Se incorporó torpemente.

—Stephen..., somos amigos..., yo te aprecio... tú...

—Pobre idiota... Te sorprendió que me asociara contigo, ¿verdad? Yo con todo un capital y tú con tu inteligencia. Maldito seas... Lo hice para impresionar a Paula. A tu linda mujercita. También ella a mí me impresionó. Me hizo perder la cabeza. Y no lo pensé más. Asociándome contigo tenía posibilidad de conquistar a Paula. Me equivoqué. Ella me desprecia... ¡Al diablo con vosotros!

Hancock comenzó a manipular en el siguiente panel.

En otro de aquellos extraños ataúdes.

Y nuevamente, Victor Nilsson trató de impedirlo.

—¡No lo consentiré, Stephen...! ¡No consentiré que...!

Hancock reaccionó con mayor violencia. Atrapó al profesor zarandeándolo por las solapas, para seguidamente, empujarlo con brutalidad.

—¡Esto es mío, Victor...! ¡Todo es mío...! ¡Lo he pagado y haré...!

Stephen Hancock enmudeció.

Contempló a Victor Nilsson. Había golpeado su cabeza contra uno de los salientes de la cápsula. Y ahora yacía en el suelo. Inmóvil. Con los ojos muy abiertos.

Hancock se inclinó.

—Victor...

No recibió respuesta.

Victor Nilsson estaba muerto.

CAPITULO III

Stephen Hancock quedó unos instantes inmóvil.

Contemplando estupefacto a Nilsson.

Reaccionó girando con rapidez. Se encaminó hacia cada uno de los féretros. Manipuló indiscriminadamente en los paneles. Los tubos y filamentos los cambió de posición. En las siete cápsulas.

Se detuvo jadeante.

Con el rostro bañado en sudor.

De nuevo fijó su mirada en el inerte Victor Nilsson.

Ni por un momento pasó por su mente el comunicar lo ocurrido a las autoridades. Aquello había sido un accidente, pero le aterrorizaba la idea de enfrentarse a un interrogatorio. Saldrían a la luz sus desavenencias con Nilsson.

No.

Stephen Hancock no quería correr riesgo alguno.

Se inclinó aferrando a Nilsson por las axilas. Procedió a arrastrarle hacia el túnel de comunicación.

—Lo lamento, Victor —rió Hancock, nerviosamente—. De seguro te gustaría ser hibernado con tus amados muertos, pero yo desconozco la técnica. Tu cuerpo será pasto de los gusanos.

Llegó al otro bloque.

Se dirigió a la mesa escritorio para pulsar en el microprogramador el cierre de la compuerta. Volvió a tirar de Nilsson. Arrastrándole fuera del bloque. Cerró la puerta acoplándose automáticamente el mecanismo del pomo.

Introdujo el cadáver en el asiento trasero del auto. Registró los bolsillos de Nilsson para apoderarse del mando control.

Stephen Hancock se situó frente al volante del Pontiac.

Demoró unos segundos la puesta en marcha del vehículo. Acompasando su entrecortado respirar. No era excesivo el esfuerzo de arrastrar a un individuo enclenque como Nilsson; pero sí acusaba la tensión. La frente de Hancock continuaba perlada de gruesas gotas de sudor. Y la sangre le golpeaba con fuerza en las sienes.

Encendió un cigarrillo.

Ya más calmado.

Enfiló el Pontiac hacia la salida.

Poco más tarde divisaba las luces de Hinesville. Como gigantescas luciérnagas en la noche. Fue aminorando la velocidad del auto.

No se aproximó al bungalow de los Nilsson.

Estacionó a unas veinte yardas.

La calle solitaria, la iluminación deficiente, sin luna en el cielo... Un buen escenario para pasar desapercibido.

Stephen Hancock descendió del auto.

Ya no arrastró a Nilsson.

Lo cargó sobre su hombro derecho encaminándose hacia la casa. No se aproximó a la entrada principal. Fue bordeando para penetrar por la parte posterior. Saltando el pequeño seto que circundaba la vivienda.

—Condenado seas —jadeó Hancock, ahora sí acusando esfuerzo físico—. Aún muerto me sigues ocasionando quebraderos de cabeza...

Estaba pegado a la pared lateral de garaje contiguo a la casa.

Se fue aproximando lentamente.

La luz procedente del porche del bungalow no iluminaba totalmente la entrada al garaje. Quedaba una zona en la oscuridad.

Y aquella zona fue aprovechada por Hancock.

Se deslizó como una sombra más.

Con su macabra carga.

La puerta del garaje alzada. En el interior el Ford propiedad de los Nilsson. También una mesa de trabajo, herramientas y botes de pintura por las estanterías.

Victor Nilsson quedó de bruces en el suelo.

Junto al auto.

Stephen Hancock entornó los ojos hasta acostumbrarlos a la penumbra reinante. Su mirada quedó fija en una de las herramientas.

Un pesado martillo.

Hancock retomó el mando control al bolsillo de Nilson. No sin antes borrar cuidadosamente las huellas. Y con el mismo pañuelo protegiendo su diestra, aferró el martillo.

Se aproximó a Victor Nilsson.

Alzó el pesado mazo descargándolo con fuerza sobre la cabeza de Nilsson. Junto al golpe recibido en la nuca.

Se escuchó un siniestro chasquido.

Stephen Hancock volvió a golpear.

Se detuvo unos instantes. Con una demoníaca mueca desencajando sus facciones. Con un súbito brillo en los ojos.

Comenzó a reír.

Roncamente.

Por tercera vez el martillo se alzó para caer sádicamente sobre la cabeza de Nilsson. Golpeando ya sobre una masa sanguinolenta y deforme.

Una y otra vez.

Hancock retrocedió jadeante.

Con aquella satánica mueca en el rostro.

Soltó el martillo.

Su agitado respirar resonaba con fuerza en el interior del garaje.

—Ha sido un placer, Victor... un verdadero placer...

Se inclinó sobre Nilsson registrándole los bolsillos. Procurando no mancharse. La sangre ya formaba un viscoso charco alrededor de la reventad a cabeza. Arrebató un anillo de la zurda de Nilsson. También unos dólares y

el llavero de oro hallado en los bolsillos.

Stephen Hancock salió del garaje.

Bordeó el bungalow.

Y cuando se disponía a saltar el seto del jardín, se iluminó uno de los ventanales de la casa.

Hancock quedó inmóvil.

Agazapado entre las sombras.

Con la mirada fija en el ventanal.

A través del fino cortinaje descubrió la silueta femenina. Fugazmente. La luz se eclipsó, retomando la oscuridad.

Paula.

Allí estaba Paula...

Los labios de Stephen Hancock fueron dibujando una siniestra sonrisa. No podía dejar con vida a Paula. Ella había sido testigo del inicio de la discusión. Podía acusarle. Declarar contra él...

Hancock amplió la sonrisa hasta convertirla en cruel mueca.

No.

No temía a las declaraciones de Paula. De nada podía acusarle sin pruebas. Eran otras intenciones las que motivaron el avance de Hancock hacia el bungalow.

Paula.

Aquella mujer le había enloquecido desde un principio. Y sus desprecios acentuaron la pasión en Stephen Hancock.

Llegó al porche.

Quedó enfocado por la luz, pero por muy poco tiempo. Había introducido la llave en la cerradura abriendo la puerta con rapidez.

Penetró en la casa cerrando suavemente tras de sí.

—¿Victor...?

La voz femenina llegó procedente del fondo del corredor.

Hancock guardó silencio.

Continuó envuelto en la oscuridad del living.

La voz de Paula no volvió a sonar.

Stephen Hancock avanzó por el pasillo. Muy lentamente. El brillo de sus ojos era lo único que destacaba en la oscuridad. Llegó junto a la puerta del corredor. De nuevo su diestra se protegió con el pañuelo para hacer girar el pomo.

Entreabrió la hoja de madera.

Allí estaba Paula.

En el lecho. Apoyada la espalda en el cabezal. Con una vaporosa «negligé». En su mano izquierda un vaso de leche y sobre el regazo un ejemplar de Newsweek.

—Hola, Paula...

La mujer respingó ahogando un grito. El brusco movimiento hizo derramar el vaso de leche. Parpadeó contemplando estupefacta a Hancock.

—¿Qué... qué hace aquí?

Stephen Hancock avanzó.

Sonriente.

Con sus destelleantes ojos fijos en Paula.

—He venido a despedirme. No podía marchar de Hinesville sin decirte adiós.   *

—¿Dónde está Victor?

Hancock demoró la respuesta.

Su mirada estaba fija en los senos femeninos transparentados bajo la fina tela\del «*deshabillé*».

—¿Victor...? Quedó en el Cryonic Cemetery. Hemos hecho un trato, ¿sabes? Tenía intención de desmantelar el Cryonic Cemetery, pero Victor me convenció. Me entregó las llaves de la casa. Aquí están...

Stephen Hancock mostró el llavero de oro a la perpleja mujer.

—No... no comprendo...

—Es muy sencillo, Paula. Estoy loco por ti. Y tú lo sabes. Victor te ha entregado a mí. Para así salvar el Cryonic Cemetery. Significa mucho para él. Si eres cariñosa conmigo...

—¡Mientes...! ¿Dónde está Victor...? ¿Qué le has hecho...? ¡Victor...! ¡Victor...!

Paula hizo ademán de abandonar el lecho.

Fue sólo un intento.

Stephen Hancock se abalanzó sobre la mujer. Con el rostro desencajado por el deseo.

—Vas a ser mía, Paula... Siempre te he...

—¡Canalla...! ¡Suéltame...!

Paula se debatió furiosa. Pugnando por librarse de su opresor. Sacudió la cabeza para esquivar los lascivos labios de Hancock.

La mano derecha de Paula fue veloz hacia la mesa de noche. Con intención de coger unas tijeras allí depositadas.

Hancock se percató de ello.

Abofeteó brutalmente a la mujer para, seguidamente, arrebatarle las tijeras con facilidad.

—Maldita... Yo te...

Paula comenzó a gritar.

Stephen Hancock le taponó la boca con la zurda. Y de inmediato sintió los dientes de Paula mordiéndole con furia.

Reanudó sus gritos.

—¡No grites...! ¡Calla, maldita furcia...! ¡No grites...! ¡No grites o...!

La tenaz resistencia y los desgarradores gritos de la mujer exacerbaron a Stephen Hancock.

Y hundió salvajemente las tijeras en el pecho de Paula. Sobre su seno izquierdo. El fino nylon se tiñó bruscamente de rojo. Borbotones de sangre manaron de la herida.

El rostro de Paula se desencajó en alucinada mueca de dolor y sorpresa. Agrandó los ojos, moviendo los labios una y otra vez. Boqueando.

Hancock se reflejó en aquellos desorbitados ojos.

Rió como un poseso.

—Tú te lo has buscado, Paula... Vas a pagar todos tus desprecios...

Un indescriptible terror desfiguró aún más el rostro de Paula. Con espantados ojos contempló las ensangrentadas tijeras.

Volvió a boquear.

Quería implorar piedad, pero ningún sonido brotó de sus labios.

De poco le hubiera servido.

Stephen Hancock, riendo en satánica carcajada, ya había descargado las ensangrentadas tijeras sobre el rostro femenino.

Sobre los alucinados ojos de la infortunada Paula Nilsson

CAPITULO IV

Stephen Hancock acudió a abrir la puerta.

Silbando alegremente.

—John... ¡Adelante, muchacho! ¿Qué ocurre? ¿He estacionado mal el auto?

John Valdwell, sheriff de Hinesville, se adentró en la habitación del hotel. Sin corresponder a la sonrisa de Hancock. La expresión de su rostro era sombría.

—Hola, Stephen. ¿Cuándo has llegado a Hinesville?

—Ayer. Tenía intención de ir por el bar del viejo Salkow para saludar a los amigos, pero estaba cansado. Terminé tarde con Victor.

John Valdwell frisaba en los cuarenta años de edad. Rostro anguloso. De rasgos poco marcados. En su boca una pastilla de «chewing gum». Falso sucedáneo del tabaco prohibido por el doctor. Empequeñeció los ojos fijándolos en Hancock.

—¿A qué hora, Stephen? ¿A qué hora te despediste de Victor?

Hancock acudió hacia la abierta puerta del baño.

Estaba en mangas de camisa y con leves huellas de jabón de afeitar en el rostro. Se aplicó un masaje.

—Los Nilsson me invitaron a cenar y...

Hancock se interrumpió.

Giró sobre sus talones enfrentándose al sheriff. Dirigiéndole una inquisitiva mirada.

—¿Qué sucede, John?

—Tengo malas noticias, Stephen.

—¿Victor...? ¿Le ha ocurrido algo a Victor?

—Los Nilsson han sido asesinados. Los dos. Victor y Paula.

Stephen Hancock se tambaleó. Acusando en su rostro una perfecta mueca de estupor e incredulidad. Incluso palideció. Todo un alarde de interpretación.

—¿Asesinados...? No... no es posible... Ayer... yo...

—Ha sido una suerte que decidieras pernoctar en Hinesville, Stephen. Tus respuestas me ayudarán en la investigación. ¿Cuándo te despediste de los Nilsson?

Hancock demoró unos instantes la respuesta. Moviendo ' de un lado a otro la cabeza. Lentamente. Fingiendo no reaccionar a la noticia.

—Pues... serían las ocho. Después de la cena. A esa hora me despedí de Paula. Luego fui con Victor al Cryonic Cemetery. Tenía problemas. Por eso me hizo llamar.

—¿Qué tipo de problemas?

—Científicos. Algo no funcionaba bien en el Cryonic Cemetery. Algo del proceso de hibernación. Aparecían fallos que Victor no acertaba a detectar y corregir. Estaba preocupado, pero terminé por animarle. Si en alguno de los

hibernados fallaba el proceso, se pagaría la indemnización correspondiente y asunto solucionado. Victor prometió seguir investigando hasta descubrir el fallo. Regresamos juntos a Hinesville.

—¿En el auto de Victor?

—No. En el mío. Me despedí de Victor sin descender de mi Pontiac. Poco antes de las diez. Tenía idea de regresar a Dallas, pero decidí por quedarme. Ya era muy tarde y estaba cansado. De ahí el pernoctar en Hinesville. Pensaba salir ahora mismo hacia Dallas. Me consta que no soy bien recibido en Hinesville.

—Ciertamente no te haces querer.

Hancock terminaba de ajustarse la chaqueta.

Endureció las facciones.

—Hinesville es un villorrio inmundo. Me avergüenzo de haber nacido aquí.

John Valdwell se encogió de hombros.

—Hinesville ha perdido a su único hijo ilustre. Victor Nilsson. Tú poco has hecho por la ciudad. Eras poseedor de una considerable fortuna. Heredada de tu padre. El sí fue un buen ciudadano, pero tú... Te largaste a Dallas. A invertir allí tu capital. Y cuando te decidiste a crear un negocio en Hinesville... ¡nos sueltas un cementerio!

—No seas ridículo, John. Tú no eres un patán. El Cryonic Cemetery es...

—Un depósito de cadáveres —interrumpió el sheriff—. Invertiste muchos miles de dólares, Stephen. Ningún ciudadano de Hinesville, a excepción del profesor Nilsson, se benefició de ellos. Ningún puesto de trabajo ni... ¡Maldita sea! ¿De qué diablos estamos hablando? Eso ya nada importa. Acompáñame, Stephen. Quiero temarte declaración oficialmente. El forense ya aproximó la hora del suceso entre las nueve y las diez de la noche. Posiblemente el asesino ya estaba en el garaje cuando te despediste de Victor.

—¿En el garaje?

—Sí. Allí mataron a Victor. ¿Has tomado ya el desayuno?

Hancock parpadeó.

Perplejo por la pregunta.

—No...

—Tanto mejor. Así no vomitarás.

—No comprendo...

—Acompáñame, Stephen.

Los dos hombres abandonaron la habitación.

El Chinle Hotel, el único de categoría en Hinesville, se emplazaba en la Caly Avenue. La vía principal de la ciudad. Bordeando el Bern Park. En la Caly Avenue se situaban también los más modernos edificios.

Un elevado número de curiosos rodeaban el auto del sheriff.

El doble asesinato ya era del dominio público. La noticia se había divulgado con rapidez. Y el espeluznante crimen horrorizaba a la población.

John Valdwell se acomodó frente al volante.

Acopló la sirena sobre la capota del vehículo.

—Día de fiesta en Hinesville —comentó Hancock—. Un doble asesinato es más que suficiente para que todos...

—Ese doble crimen ocuparía primera plana en cualquier periódico de Dallas.

—En Dallas se cometen asesinatos todos los días. —Espera a ver los cadáveres —dijo el sheriff, con ronca voz—. Luego habla... si puedes.

El auto del sheriff circuló a gran velocidad. Con la sirena ululando sobre la capota.

El bungalow de los Nilsson había sido cercado. Dos uniformados agentes controlaban a los curiosos que se habían congregado en el lugar. Varios autos se estacionaban próximos a la casa.

El sheriff y Stephen Hancock descendieron del vehículo. Al avanzar por el jardín del bungalow se les aproximó un individuo. También con un distintivo en el pecho que le identificaba como representante de la ley en Hinesville.

—Ya se ha decretado el levantamiento de cadáveres, John. —Esperad un momento. Sígueme, Stephen.

Continuaron hacia el garaje.

Y nuevamente, Stephen Hancock demostró sus ocultas cualidades de actor. Su mueca de horror al contemplar el cadáver de Victor Nilsson no pareció fingida.

—Cielos...

—El asesino no se conformó con darle muerte —murmuró el sheriff—. Le machacó la cabeza sin piedad. Hasta convertirla en pulpa. Y en cuanto a Paula...

El sheriff salió del garaje.

Esperó a que Stephen Hancock le siguiera.

Dos hombres estaban en el interior del bungalow. Dos expertos en dactiloscopia. Toda la casa en desorden. Los muebles del salón abiertos, en el despacho...

Acudieron hacia el dormitorio.

—¡Eh, Saxon! —Llamó el sheriff a uno de los expertos en dactiloscopia—. ¿Dónde diablos está Sammy? Le ordené que permaneciera ante la puerta de la habitación.

El llamado Saxon hizo una mueca.

—Sammy se encuentra mal. Vomitó hasta la primera papilla. Se puso muy pálido y decidimos que...

—Está bien —cortó John Valdwell, secamente—. Sí, maldita sea... También yo estoy deseando vomitar.

Stephen Hancock ya estaba contemplando el cadáver femenino.

Paula.

Lo que quedaba de ella.

La mujer yacía sobre el lecho. Los brazos en cruz. La cabeza le colgaba fuera de la cama. Los cabellos femeninos rozando la alfombra. El pecho

totalmente ensangrentado. Empapando la «negligé». Salpicando las sábanas, la almohada... Infinidad de heridas. Punzantes orificios en los pechos, vientre y muslos.

Y el rostro de Paula...

Una máscara de sangre.

Los ojos reventados. La sangre había teñido de rojo los cabellos. Goteando sobre la alfombra hasta formar viscoso charco.

También la habitación aparecía en desorden. Los cajones de la mesa de noche volcados, los del armario, los del boudoir...

—Un martillo y unas tijeras —dijo el sheriff, con tensa voz—. Las armas homicidas. El asesino dejó las tijeras en la bañera. Enrojeciendo el agua.

—¿Qué... qué buscaba?

—Han desaparecido las joyas y el dinero —respondió John Valdwell—. Sally, la mujer que ayudaba a Paula en la casa, descubrió el cadáver de Victor Nilsson. Ahora está internada. Presa de un ataque de nervios. Sally me habló de las joyas que Paula guardaba en el boudoir. Y también del dinero. Unos cientos de dólares para gastos cotidianos.

—¿Un ladrón...?

—Correcto, Stephen.

—Pero... ¿por qué ensañarse así con los cadáveres?

—Un loco, Stephen. Sólo un demente es capaz de cometer semejante crimen. Un hijo de perra que...

—¡Sheriff!

John Valdwell giró, acudiendo a la llamada de uno de sus subordinados.

Stephen Hancock quedó bajo el umbral de entrada a la habitación. Paulatinamente esbozó una sonrisa. Consciente de su triunfo. Jamás sospecharían de él. Buscarían a un loco. Un ladrón demente que se ensaña con sus víctimas. Tampoco encontrarían las joyas de Paula. Las había enterrado a muchos metros de profundidad. Fuera de Hinesville. En pleno bosque.

—Stephen...

—¿Sí, John?

—Vamos a proceder al levantamiento de los cadáveres. ¿Puede pasar más tarde por mi oficina? Dentro de... un par de horas. No quiero retenerle por más tiempo en Hinesville y...

—Voy a quedarme —interrumpió Hancock—. Hasta después de los funerales. Yo mismo me encargaré de ellos. Los Nilsson eran mis amigos.

—Perfecto, Stephen. Hasta luego.

Hancock abandonó el bungalow.

Se abrió paso entre los curiosos caminando hasta el centro de la ciudad. Difícilmente controlaba la mueca de satisfacción que pugnaba por asomar a su rostro. Todo había salido perfecto. Llegó a Hinesville para discutir con Victor Nilsson el desmantelamiento del Cryonic Cemetery.

Ya no había problema alguno.

Victor Nilsson estaba muerto.

El inteligente y admirado Victor Nilsson, hijo ilustre de la ciudad, estaba muerto. También Paula había pagado sus desprecios.

Stephen Hancock esbozó una sonrisa.

Sí.

Rememoraba los golpes contra Victor Nilsson. El martillo. Una y otra vez aplastando la cabeza de Nilsson. Y lo de Paula...

Había experimentado un gran placer.

Una sensación desconocida hasta entonces para Hancock.

El placer de matar...

Stephen Hancock penetró en un snack de la Caly Avenue. Ni un solo cliente en el local. Acudió a una discreta mesa solicitando copioso desayuno. El espeluznante escenario del crimen no le había alterado. Él era el creador.

Poco más tarde encaminaba los pasos hacia el Chinle Hotel. Había sido buena idea la de pernoctar en Hinesville. Una salida precipitada de la ciudad tal vez hubiera resultado sospechosa. Ahora era un colaborador del sheriff.

—Han preguntado por usted, señor Hancock —informó el recepcionista del hotel—. Le esperan en el salón social.

Hancock acudió al contiguo salón del hall.

Arqueó las cejas.

Esperaba encontrarse con algún enviado del sheriff Valdwell, pero en el salón sólo había, en una de las mesas, una pareja.

El individuo se incorporó ante la aparición de Stephen Hancock.

Un hombre joven. De unos treinta años de edad. De abundante pelo rubio que se ensortijaba en rebeldes mechones sobre la frente. Los ojos azules. La nariz perfilada. Barbilla firme. Complexión atlética, de movimientos ágiles.

—¿Señor Hancock...?

—Sí, yo soy.

El individuo esbozó una sonrisa.

—Permítame presentarme... Soy Patrick Gleason, de Ía Bauer Press. Ella es Suzanna Bialí, corresponsal gráfico. También para la Bauer Press.

Stephen Hancock empequeñeció los ojos.

Tal vez deslumbrado por la belleza femenina.

Suzanna Niall continuó sentada. Con las piernas cruzadas. Mostrando con generosidad los mórbidos muslos enfundados en oscuras medias. Una muchacha joven. Poco más de los veinte años de edad. Muy bien aprovechados. Rostro de pómulos gatunos. Ojos de intensa mirada. Los labios carnosos, gordezuelos, húmedos... deliciosamente tentadores. Vestía ceñida camiseta de algodón que presionaba provocativamente los juveniles senos. Era patente la ausencia del sujetador. Una corta falda y botas complementaban el vestuario.

—¿En qué puedo servirles? —inquirió Hancock, después de recorrer con lujuriosa mirada el cuerpo de la muchacha.

—No hemos sido muy oportunos, señor Hancock —dijo Patrick Gleason —. Acabamos de llegar a Hinesville. Nuestra intención era hacer un reportaje

y entrevistar al profesor Nilsson. Y hemos sido sorprendidos por el horrible suceso.

—Pierden el tiempo conmigo. La noticia está en el bungalow de los Nilsson.

Patrick Gleason denegó con un movimiento de cabeza.

—No somos especialistas en crónica negra, señor Hancock. Por supuesto que informaremos del lamentable hecho, pero seguimos con nuestra idea del reportaje sobre el Cryonic Cemetery. Ahora, dadas las tristes circunstancias, aún con un mayor interés para el público. Usted era el socio del profesor Nilsson y...

—Socio capitalista —interrumpió Stephen Hancock, secamente—. El funcionamiento del Cryonic Cemetery me es totalmente desconocido. No puedo informarles de nada.

Suzanna intervino por primera vez.

Con melodiosa voz.

—Nosotros sí conocemos algo sobre hibernación, señor Hancock. Mi compañero Gleason ha recibido varios galardones por sus artículos científicos. Está muy bien documentado. Nos conformamos con que nos permita fotografiar el interior del Cryonic Cemetery. Soy muy buena con la cámara. Unas fotografías a los hibernados y Gleason hará el reportaje.

—Sólo hay dos hibernados en el Cryonic Cemetery.

—¿Dos?

—Sí, Gleason. No ha resultado negocio. Los familiares dejan de pagar la cuota de mantenimiento y, al suspenderse el proceso de hibernación, retiran los cadáveres. Sólo dos. Y éstos serán también rescatados por sus familiares. Sin el profesor Nilsson no se continuará con el Cryonic Cemetery. Además..., había fallos. El profesor trabajaba en ellos. Conversaré con los familiares de los dos hibernados y llegaré a un acuerdo con ellos. El Cryonic Cemetery deja de funcionar. Deduzco que ya no es noticia para ustedes.

—Lo sigue siendo —dijo Patrick Gleason—. Desgraciadamente lo es por el asesinato del profesor Nilsson y de su esposa. El Cryonic Cementery no es el único de los Estados Unidos, pero siempre es motivo de interés. Su cierre es noticia. Unido al crimen es...

—Lo lamento. No permitiré fotografía alguna en el interior del Cryonic Cementery.

—Pero...

—Disculpen —interrumpió nuevamente Stephen Hancock—. Estoy ocupado. Buenos días.

Hancock abandonó el salón social a grandes zancadas.

Patrick Gleason y Suzanna intercambiaron una mirada.

—¿Y bien? —Sonrió Gleason, tomando de nuevo asiento—. ¿Qué hacemos, Suzanne?

—Ese horrible crimen pone de máxima actualidad al profesor Nilsson y al Cryonic Cementery. Poco importa que deje de funcionar. Hay que hacer el

reportaje.

—Soy de la misma opinión. Y nadie nos pisará el terreno. Somos los primeros en llegar. Ya has fotografiado el bungalow de los Nilsson, la salida de los cadáveres, tengo grabadas mis conversaciones con el sheriff... Nos ocuparemos también de informar de los funerales y esta misma tarde nos aproximaremos al Cryonic Cementery. Sólo fotografías exteriores, pero será...

—¿Exteriores? ¡Por favor, Patrick! ¿Qué interés puede tener fotografiar unos muros con el cartel de Cryonic Cementery? ¡Son las cajas de esos dos hibernados y el interior lo que quiere el público lector! ¡Y también la Bauer Press!

—Ya has oído a Hancock. Ignoro sus motivos, pero se niega a permitimos el acceso. Y su negativa parecía firme.

Suzanna sonrió.

Bebió un pequeño sorbo del gin-tonic para seguidamente pasar la punta de la lengua por los humedecidos labios.

—¿Crees qué no lograré convencerle, Patrick?

CAPITULO V

Habían ocupado habitación en el Chinle Hotel.

Patrick Gleason colgó el teléfono.

—¿Quién era, Patrick? —inquirió Suzanna, desde el contiguo cuarto de baño.

—El viejo Bauer. Felicitándonos por el envío de la crónica y las fotografías. Ya están siendo distribuidas en exclusiva por la Bauer Press. La primera agencia en proporcionar fotografías del suceso. ¡Un gran éxito, Suzanna!

—Tú sí has hecho un magnífico reportaje, Patrick.

Gleason se tumbó en el lecho.

Con las manos en la nuca.

—No, Suzanna. No me gusta informar de sucesos sangrientos. No es lo mío. Prefiero los artículos de ciencia-fantasía, los fenómenos paranormales, investigación sobre OVNIS... Eso sí es lo mío.

—¿Envía alguien la Bauer Press?

—No. Ya que he empezado, debo continuar. Informar de los resultados de la autopsia, de los funerales de mañana y de la marcha de la investigación. ¡Maldita sea...! Parece ser que lo del Cryonic Cementery ha quedado en segundo plano.

Suzanne salió del cuarto de aseo.

Envuelta en una toalla de baño.

—Tranquilo, Patrick. También realizaremos un buen reportaje en el Cryonic Cementery.

—Tal vez no logres convencer a Stephen Hancock.

—¿Dudas de mis cualidades, Patrick?

Suzanne hizo caer la toalla de baño.

Su cuerpo quedó al descubierto. Un cuerpo de armoniosas curvas. Perfecto. Todavía salpicado por perlas de agua. Los senos pequeños y erguidos, el vientre liso, coronado por delicioso ombligo, las piernas de largos y esbeltos muslos... Una piel aterciopelada. De suave bronceado.

Gleason alargó su diestra.

La muchacha rió tratando de esquivarle, pero fue atrapada por la muñeca. Y cayó junto a Gleason. Unieron sus labios.

—Patrick..., tienes una cita con el sheriff..., recuerda que...

Gleason silenció los labios femeninos con un nuevo beso. Los mordisqueó para luego centrarse en el lóbulo izquierdo de la muchacha.

—Tenemos tiempo, Suzanna.

—No, Patrick. No lo hay —rió la joven, zafándose de los brazos de Gleason—. Yo debo arreglarme y tú tienes que ir a informarte del resultado de la autopsia y entrevistar al sheriff.

—Dudo que ya se conozca el informe forense.

—Averígualo.
—Está bien...
Patrick Gleason se incorporó del lecho.
Del respaldo de una de las sillas cogió la chaqueta sport. Se situó frente al espejo del armario.
Vio reflejada a Suzanna.
Subiendo por los muslos un diminuto slip en transparente tul moteado.
—Suzanna...
—¿Si?
—El tal Stephen Hancock no me inspira mucha confianza.
—¿Crees que es el asesino? —sonrió la muchacha, irónica.
—No estoy bromeando, Suzanna. Me percaté de la mirada que te lanzó en el salón del hotel.
—También yo, Patrick. De ahí mi seguridad en convencerle. Tranquilo. Sé cuidarme. Primero haré que nos permita la entrada en el Cryonic Cementery. Y después me largaré sin despedirme.
Gleason sonrió.
—De acuerdo, Suzanna. Espérame aquí. Pasaré a recogerte. No actúes por tu cuenta, ¿entendido?
—Sí, jefe.
Patrick Gleason abandonó la habitación.
La muchacha se ajustó unos finos pantys. De una rectangular caja extrajo un vaporoso vestido en muselina de seda estampada con lunares negros. Un modelito adquirido en una boutique de Hinesville. Había llegado con lo puesto. Para una rápida entrevista al profesor Nilson y el reportaje en el Cryonic Cemetery. Las trágicas circunstancias les habían obligado a quedarse en Hinesville.
De ahí la compra del vestido.
Suzanna quería impresionar a Stephen Hancock.
Aún más.
Frente al espejo del baño se aplicó el lápiz de labios y ligeros toques de maquillaje.
Abandonó la estancia.
No acudió hacia el elevador, sino que dirigió sus pasos por el corredor. Ya se había informado de la habitación de Stephen Hancock. La número 407. En aquella misma planta.
Se detuvo frente a la puerta.
Ensayó una sonrisa a la vez que golpeaba la hoja con los nudillos. Al no recibir respuesta reiteró la llamada. Con idéntico resultado.
Un mohín de contrariedad se reflejó en el bello rostro de Suzanna. .
Ahora sí se introdujo en la cabina del elevador.
Acudió al mostrador de recepción.
—¿No está el señor Hancock en su habitación? Me pareció verle entrar con el sheriff hace aproximadamente una hora.

—En efecto, pero ha salido hace unos minutos —informó el conserje—. Tomó su auto del parking del hotel.

—Gracias.

Suzanna siguió hasta quedar bajo el porche del hotel.

Pensativa.

El sol ya se había eclipsado dando paso a las prematuras sombras del atardecer. Una tenue brisa serpenteaba por las calles de la ciudad. Los primeros luminosos de neón destacaban ya en algunos establecimientos.

Stephen Hancock y su auto...

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro de Suzanna.

Era fácil deducir que Stephen Hancock había emprendido camino hacia el Cryonic Cemetery. Eso imaginaba Suzanna y quiso salir de dudas.

El Ford «Mustang» se estacionaba a poca distancia del hotel.

En la misma Caly Avenue.

Patrick Gleason no lo había utilizado para acudir a la oficina del sheriff. Ciertamente las distancias en Hinesville eran cortas. De ahí la creencia de Suzanna en que Stephen Hancock se había desplazado al Cryonic Cemetery.

La muchacha abrió su bolso de mano.

También ella contaba con la llave del «Mustang».

Se acomodó frente al volante. Antes de iniciar la marcha examinó dos cámaras fotográficas situadas en los compartimientos del salpicadero. En perfectas condiciones para su funcionamiento.

De nuevo una sonrisa asomó a los gordezuelos labios de Suzanna. Le daría una sorpresa a Gleason. Realizaría un magnífico reportaje gráfico sobre el Cryonic Cemetery. Acudir con Patrick Gleason no daría resultado. Stephen Hancock continuaría en su negativa.

Presentándose ella sola...

Sí.

Sería más sencillo convencer a Stephen Hancock.

Suzanna conocía el emplazamiento del Cryonic Cemetery. Lo había visitado con Gleason antes de llegar a Hinesville. Antes de conocer la horrible noticia del doble crimen. Por supuesto que sólo contemplaron las murallas que circundaban el Cryonic Cemetery, pero ahora sería distinto.

Stephen Hancock le franquearía la entrada.

Suzanna estaba segura de ello.

El «Mustang» ya había dejado atrás las últimas casas de Hinesville. Y pronto abandonó también la autopista circulando por la bifurcación.

La brisa se acusaba con más fuerza.

E1 viento parecía silbar en todas direcciones obligando a Suzanna a subir la ventanilla del vehículo.

Divisó la muralla.

Y la puerta de entrada.

Abierta.

Aquello facilitaba las cosas a Suzanna. Dejó atrás la muralla enfilando

hacia los dos bloques unidos entre sí. Descubrió el auto. Un Pontiac. Frente al bloque de planta circular.

Suzanna estacionó tras el Pontiac.

Antes de descender del vehículo, hizo sonar el claxon.

Permaneció frente al bloque. En espera de que Stephen Hancock acudiera a la llamada del claxon. Estaba iluminado el ventanal del bloque.

Nadie respondió.

Sólo el viento.

El ulular era intenso. Azotando las ramas de los árboles que envolvían el Cryonic Cemetery. No eran cipreses. No eran los clásicos árboles de un cementerio; aunque sí resultaban igualmente lúgubres. Agitándose fantasmales. Bajo las incipientes sombras de la noche. El ulular del viento era lastimero. Siniestro. Como gemidos de almas en pena.

Suzanna se estremeció.

Impresionada por aquel penetrante ulular.

Fue hacia el bloque golpeando con el puño derecho la hoja metálica.

Y la puerta cedió.

Entreabriéndose.

Sin el menor ruido.

—¿Señor Hancock?... —Suzanna, al no recibir respuesta, se adentró en el bloque. Volvió a llamar—: Señor Hancock...?

Silencio.

Sólo el silencio siguió a las palabras de Suzanna.

La muchacha contempló con curiosidad la estancia. Semicircular. Con mobiliario modular y acoplado en las paredes. No se percató de que la puerta se cerraba lentamente tras ella.

Muy lentamente.

Como empujada por una mano invisible.

Si, escuchó el ajustar del cierre.

Y Suzanna giró con rapidez.

Sobresaltada.

Contempló la cerrada hoja metálica. La puerta se había cerrado sola. No había nadie más en la estancia.

Suzanna descubrió también la compuerta.

El túnel de acceso al Cryonic Cemetery.

La muchacha llevaba colgando al cuello una de las cámaras fotográficas. Ya preparada para funcionar. Avanzó hacia el túnel.

Los altos tacones resonaron a cada paso.

No le importó a Suzanna.

Quería advertir a Stephen Hancock de su presencia.

Incluso volvió a llamarle.

—¡Señor Hancock...! ¿Está ahí...? ¡Soy Suzanna Niall...!

Llegó al bloque de planta octogonal. Al Cryonic Cemetery.

Suzanna quedó unos instantes bajo el umbral. Allí tampoco estaba Stephen

Hancock. Contempló las extrañas cápsulas cilíndricas. Los féretros de vidrio. Los ataúdes de los hibernados.

Avanzó.

Antes de llegar al más próximo de los féretros, descubrió la mancha en el suelo.

Una mancha rojiza.

Viscosa.

Se inclinó humedeciendo el dedo índice de su diestra en el pegajoso líquido. Y fue entonces, inclinada, cuando los ojos de Suzanna quedaron a la altura del féretro. Por la parte lateral. Por la zona de vidrio visible.

Contempló al ocupante de ataúd.

Stephen Hancock.

También él parecía contemplar a la muchacha con sus desorbitados ojos. Con aquella mueca de horror que desencajaba sus ensangrentadas facciones.

Suzanna quedó sin habla.

Muda de terror.

Contemplando alucinada el cadáver.

Stephen Hancock yacía en el interior del féretro. En grotesca postura. Como si hubiera sido introducido a la fuerza. La sangre aún manaba a borbotones de su nariz y boca. Los ojos casi fuera de las órbitas todavía reflejaban un indescriptible horror no eclipsado por la muerte. Unos ojos que parecían fijos en Suzanna. Como si quisieran advertir de un terrorífico peligro.

Suzanna se incorporó llevando sus manos a la garganta.

Quiso gritar. Dejar libre todo el terror encerrado en sus pupilas, pero ningún sonido brotó. Cortado por el miedo.

El ruido fue muy tenue.

Apenas perceptible.

Sin embargo, fue acusado por Suzanna que giró con rapidez.

A tiempo de ver cómo una blanquecina mano asomaba fuera de uno de los féretros de cristal. Una mano huesuda de largos y blancos dedos.

Suzanna sí gritó ahora.

En desgarrador alarido.

Nadie acudiría en su ayuda.

CAPITULO VI

El Pontiac se detuvo con estridente chirriar de frenos.

Stephen Hancock descendió del vehículo aproximándose al bloque secundario del Cryonic Cemetery. Manipuló en el pomo hasta formar la combinación. Al abrir la puerta se encendían automáticamente las luces del bloque.

Acudió a la mesa escritorio.

Hancock había acudido al Cryonic Cemetery para recabar datos de los dos hibernados que continuaban pagando la cuota de mantenimiento. Se pondría en contacto con los familiares para informarles del cese del Cryonic Cemetery. Sin pagarles indemnización alguna. Una de las cláusulas advertía de posibles fallos científicos que librarían de responsabilidad. Y a esos fallos iba a unirse el fallecimiento del profesor Nilsson.

También entraría en contacto con los familiares' de los otros cinco hibernados generosamente conservados por Victor Nilsson. A todos ellos les daría un breve plazo para que procedieran a retirar sus respectivos cadáveres.

Stephen Hancock quería ultimar cuanto antes la venta.

Cedería el terreno a la Corbin Company.

Había muchos miles de dólares de por medio y no pensaba renunciar a ellos. Desmantelaría el Cryonic Cemetery con gran placer. Arrepentido de todos aquellos años vinculado a Nilsson.

Hancock profirió una maldición.

No encontraba el libro de registro.

Atrapó el microprogramador pulsando el botón que abría la compuerta de comunicación con el Cryonic Cemetery. Sin soltar el aparato avanzó por el túnel.

La plancha del suelo alzó la hoja de acceso.

Stephen Hancock depositó el mando sobre un tablero de trabajo acoplado a la abovedada pared. De allí tomó un cuaderno de notas y un rotulador.

Se encaminó hacia los féretros ocupados.

En cada uno de ellos, en su parte inferior, había una placa con todos los datos del hibernado. Nombre, edad, causas del fallecimiento... Había otra placa en el panel de instrumentos, pero sus signos eran incomprensibles para Hancock.

Tampoco le importaban.

Máxime después de haber alterado todo el complicado mecanismo de los aparatos. Manipulando en ellos desordenadamente.

Se situó frente al primer ataúd.

Nancy Bloom. Muerta a la edad de treinta y dos años. Leucemia. Casada con Richard Bloom. Industrial domiciliada en Dallas. En el 2.413 de Metty Street.

Hancock tomaba nota de aquellos datos.

Pasó al siguiente féretro.
Y al inclinarse escuchó el ruido.
A su espalda.
Como si algo golpeara contra el cristal de la cápsula.
Stephen Hancock giró fijando la mirada en el féretro situado a su derecha. En el interior un individuo de cabeza rapada. Sin vello alguno en pecho, brazos y piernas. Como si hubiera sido escrupulosamente depilado. La piel blanquecina. Casi lechosa. Serpenteada por venas que destacaban poderosamente bajo la piel. Unos surcos verdosos de espeluznante visión.
Hancock parpadeó.
Convencido de que el ruido había surgido de aquel ataúd.
Contempló las manos del individuo. De largos y huesudos dedos. La mano derecha estaba casi pegada al cristal de la cápsula.
Stephen Hancock terminó por encogerse de hombros.
Puede que alguno de aquellos alterados aparatos, el haber manipulado en tubos y palancas, hubiera originado el ruido.
Fue al inclinarse de nuevo sobre la placa.
Otra vez a su espalda.
Por segunda vez el ruido.
Un ligero teclear sobre el cristal.
Stephen Hancock giró ahora con mayor rapidez. Fijando la mirada en el individuo de cabeza rapada. Y una mueca de estupor desencajó las facciones de Hancock.
Aquel individuo tenía los ojos abiertos.
Y segundos antes los había mantenido cerrados.
Sí.
Hancock estaba seguro de ello.
Un súbito escalofrío se apoderó de Stephen Hancock. Impresionado por aquellos ojos. Unos ojos níveos. Sin pupilas. Como dos diminutas esferas blanquecinas. Sólo era visible el blanco de los ojos.
Y el estupor de Hancock fue reemplazado por el terror.
La mano derecha.
La mano derecha del individuo se estaba moviendo. Aquellos largos y huesudos dedos se movían lentamente. Con gran esfuerzo. Y fue el dedo índice el que golpeó sobre el cristal del féretro.
Stephen Hancock retrocedió.
Alucinado.
Dirigió una rápida mirada a la placa de identificación situada al pie del féretro. Con los datos del hibernado.
Christopher Kidder. Cuarenta y dos años. Cáncer. Fallecimiento por fallo cardíaco...
Desvió la mirada hacia el cadáver.
Los ojos del individuo se habían cerrado.
Y su diestra había dejado de moverse. Quedó con los dedos engarfiados.

Como una siniestra garra.

El estupor y la incredulidad retornaron a Hancock. Impresionado por todo aquello. Se resistía a creer lo que había visto con sus propios ojos.

Aquel individuo estaba muerto.

Llevaba hibernado carca de un año.

No podía...

Stephen Hancock se aproximó al ataúd. La curiosidad fue superior al miedo. Procedió a examinar uno a uno los siete féretros. Dos mujeres y cinco hombres. Muertos. Hibernados. Sin señal alguna de vida ni...

Hancock sacudió la cabeza.

Forzó una sonrisa.

Todo aquello resultaba ridículo. El no temía a los muertos. Los muertos no regresan del Más Allá. Aquel movimiento en la mano del cadáver y el abrir de sus ojos fue motivado por alguna descarga de los aparatos del panel.

Un muerto no podía...

Stephen Hancock había retornado junto al féretro de Christopher Kidder.

Estaba recordando alguna de las palabras de Victor Nilsson. Habló de un fabuloso descubrimiento. De algo que causaría sensación.

Hancock volvió a sacudir la cabeza.

No.

Aquello no podía ser cierto.

Y 6ólo había una forma de salir de dudas. Abrir el féretro y examinar el cadáver. Comprobar que realmente estaba muerto. Sin latido alguno.

Stephen Hancock tiró de la palanca situada en la parte superior de la cilíndrica cápsula. La lámina de vidrio comenzó a deslizarse. Descubriendo el féretro.

Hancock alargó su brazo derecho. Posando la palma de la mano sobre aquel desnudo pecho. Percibió el frío contacto. Un cuerpo gélido que...

Todo fue muy rápido.

Sin dar tiempo a reacción alguna en Hancock.

Primero fueron los ojos. El hibernado abrió los ojos. Aquellas níveas esferas. Con los ojos de un ciego. Y su mano derecha. En Veloz semicírculo. Avanzando rápida hacia Hancock. Los engarriados dedos aferraron los cabellos de Stephen Hancock. Con fuerza.

—¡No...! ¡No...! ¡No! —Aulló Hancock, tratando de retroceder—, ¡Suéltame!

El individuo se había incorporado del féretro.

Ahora atenazaba con ambas manos la cabeza de Hancock. Este consiguió librarse de aquellas zarpas. El impulso le hizo trastabillar y caer. Cuando trató de levantarse, el hibernado ya había saltado sobre él.

Stephen Hancock quedó de bruces.

Con el rostro pegado al suelo.

Las manos del individuo le sujetaban por la cabeza y comenzó a golpearla contra el suelo. Una y otra vez. Salvajemente. Desfigurando el rostro de

Hancock contra el pavimento. Destrozándole la nariz, reventándole los labios, los dientes...

Formando un vistoso charco rojizo en él suelo.

Los tremebundos golpes resonaban en el habitáculo. Un siniestro y continuado crujir. Stephen Hancock ya estaba muerto, pero el individuo seguía golpeándole la cabeza sádicamente contra el suelo.

Súbitamente quedó inmóvil.

Las verdosas venas que serpenteaban por su blanquecino cuerpo palpitaron con fuerza. Como si tuvieran vida propia. Como si quisieran reventar.

El individuo alzó al inerte Hancock introduciéndole en una de las vacías cápsulas. Dejándole caer como un fardo.

El microprogramador depositado sobre el tablero de trabajo había encendido uno de los pilotos emitiendo un penetrante silbar. Indicando que alguien había penetrado en el bloque circular.

El hibernado había extendido su zurda hacia el tablero apoderándose del microprogramador. Y retornó a su féretro. Introduciéndose en él.

Pulsó el encendido botón.

Apagándolo.

Cerrando así la puerta del bloque circular.

Pudo oír los pasos por el túnel de acceso. Unos tacones que resonaban con fuerza. Cada vez más cercanos.

Permaneció unos instantes inmóvil.

Rígido en el ataúd de vidrio.

Fue alargando lentamente su mano derecha. Aferrándose al vidrio para así poder incorporarse. Asomó su rapada cabeza fuera del féretro.

El grito femenino resonó en la estancia.

Un desgarrador alarido de terror.

Suzanna retrocedió torpemente. Alucinada. Incrédula por aquella fantasmal aparición. Con las facciones desencajadas por el espanto.

Cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde.

La única salida, el paso al túnel de comunicación, había sido cortada por el individuo de rapada cabeza.

—No..., no... ¡Atrás...!

La angustiada voz de la muchacha no hizo detener el avance de Christopher Kidder.

El individuo extendió los brazos.

Acentuando en la blanquecina piel aquellas nauseabundas venas verdosas.

Suzanna se percató de los ojos del hibernado. Unos ojos níveos. Dos esferas carentes de brillo. Dos ojos artificiales.

Sí.

Estaba ciego.

¡Era ciego!

Suzanna se esforzó en controlar su terror. Se descalzó corriendo hacia los vacíos féretros acoplados a las abovedadas paredes.

Christopher Kidder se detuvo.

Giró hacia la agazapada Suzanna.

Como si pudiera ver a través de aquellas esferas blancas.

Y Suzanna volvió a gritar. Su miedo le hizo perder toda precaución, Se precipitó desesperada hacia la compuerta.

No llegó a alcanzarla.

El individuo saltó como un felino. Con pasmosa agilidad. Como si leyera el pensamiento de Suzanna. Aquellas huesudas y frías manos atenazaron el cuello femenino. Comenzó a apretar.

—¡No...! ¡NO...!

El grito se quebró en Suzanna. Quedó ahogado. Una mueca desdibujó el rostro de la joven. Boqueó desesperadamente. Falta de respiración. Con los ojos desorbitados. Asomando la lengua por entre los labios. Las facciones amoratadas...

El bracear de Suzanna fue cesando.

Hasta quedar inmóvil.

Como una muñeca rota en brazos del siniestro Christopher Kidder.

La soltó.

Suzanna cayó pesadamente. Quedó inerte. Con los ojos muy abiertos. Reflejando en ellos todo el terror que la acompañó hasta el mismo umbral de la muerte. Un horror marcado igualmente en su desencajado rostro.

Christopher Kidder se encaminó hacia el túnel de comunicación.

No llegó a entrar.

Sonaron los golpes.

Procedentes de uno de los féretros.

Christopher Kidder giró sobre sus pasos avanzando con lentitud. Arrastrando sus desnudos pies por el metalizado suelo.

La cápsula de Nancy Bloom.

Y era Nancy Bloom quien golpeaba con los puños el cristal del ataúd.

Christopher Kidder manipuló en la palanca que hacía deslizar el cristal superior de la cápsula. Y entonces dejó oír su voz. Una voz ronca, gutural, infrahumana...

—Hola, compañera...

CAPITULO VII

Patrick Gleason esperó impaciente en el Chinle Hotel.

Hasta medianoche.

Decidió no esperar más.

El recepcionista del hotel le consiguió un auto de alquilar. Un Mercury. Gleason enfiló hacia el Cryonic Cemetery. Convencido de encontrar allí a Suzanna. Conocía bien a la muchacha. Siempre tomando iniciativas. Actuando por su cuenta.

Los faros del auto taladraron la oscuridad de la noche.

Pronto enfocaron los muros del Cryonic Cemetery y la abierta puerta de acceso al recinto.

Patrick Gleason divisó su auto.

El Mustang. Estaba frente a uno de los bloques del Cryonic Cemetery. Ningún otro vehículo. No estaba allí el auto de Stephen Hancock.

Aquello hizo maldecir a Gleason.

Sospechando que Hancock y Suzanna se hubieran marchado.

Estacionó tras el Mustang.

Ya se había percatado del ventanal iluminado. En el bloque más reducido. El de planta circular. Encaminó sus pasos hacia allí golpeando la metálica puerta con el puño derecho. Una y otra vez.

Nadie acudió a responder a la llamada.

Patrick Gleason volvió a maldecir.

Tal como esperaba, no estaban allí. Se habían largado en el auto de Hancock. Puede que a la vecina Cloris City. De seguro Suzanna no consiguió librarse del acoso de Stephen Hancock y ahora le estaba pagando el favor.

Gleason chasqueó la lengua.

Suzanna era una buena periodista. Demasiado. Por lograr un sensacional reportaje era capaz de todo. Ya lo había demostrado en más de una ocasión.

Sí.

De seguro consiguió fotografías con todo lujo de detalles el interior del Cryonic Cemetery.

Patrick Gleason encendió un cigarrillo.

Permaneció indeciso. Sin saber cómo actuar. Podía quedar allí y esperar a que Suzanna regresara con Stephen Hancock. Tenía que pasar por el Cryonic Cemetery para recoger el Mustang.

El ulular del viento hizo que Gleason chasqueara nuevamente la lengua.

Aquél no era lugar para esperar. Regresaría a Hinesville. Y en el hotel esperaría tranquilamente la aparición de la muchacha.

Abrió la portezuela del auto.

Y quedó inmóvil.

El esbozo de una sonrisa asomó al rostro de Patrick Gleason. Una idea había acudido a su mente. Con las fotografías de Suzanna podía hacer un

buen reportaje; pero sería mejor si examinaba con sus propios ojos el Cryonic Cemetery.

Estaba allí y no iba a desaprovechar la oportunidad.

Tampoco era la primera vez que Gleason actuaba de forma poco ortodoxa. Nadie se percataría del allanamiento de morada.

Examinó el pomo de la puerta.

Comenzó a manipular en él.

Con suavidad.

Patrick Gleason había realizado muchos reportajes sobre fenómenos ocultos, casos de clarividencia, subyugación telepsíquica, hechos paranormales... Era un experto. Estaba familiarizado con los poderes psíquicos capaces de ser desarrollados por el hombre. Y había llegado a hacer trabajar, aunque levemente, esos extraordinarios poderes encerrados en la mente humana.

Deslizó los dedos.

Como si acariciara cada uno de los salientes dentados del pomo. Con los ojos cerrados. Centrando toda su atención. Fue al quinto intento. Formó la combinación que hizo abrir la metálica puerta.

Gleason penetró en la estancia cerrando tras de sí.

Arqueó las cejas.

Sorprendido por el desorden reinante.

El armario situado junto a la litera estaba abierto. Ropas femeninas y masculinas en el suelo. También volcado el cajón inferior. Caídos varios juegos de zapatos.

Aquella ropa pertenecía sin duda alguna a los difuntos Victor y Paula Nilsson. El profesor acostumbraba a trabajar allí ayudado por su esposa. Aquél era el segundo hogar. Lo había declarado en infinidad de entrevistas.

Patrick Gleason se fijó en la compuerta.

En el acceso al túnel de comunicación con el otro bloque. Con el Cryonic Cemetery. Aquella zona era la que realmente le interesaba para el reportaje.

Avanzó por el pasillo.

Dotado de paneles electroluminiscentes.

La hoja metálica de entrada al bloque octogonal estaba alzada. Llegaba con potencia la iluminación de la sala.

Gleason se detuvo bajo el umbral.

Bruscamente.

Como si hubiera recibido un mazazo en la cabeza.

Una súbita palidez se apoderó de las facciones de Patrick Gleason a la vez que parpadeaba repetidamente. Movió los labios. Imperceptiblemente. Incapaz de articular palabra alguna.

Estaba contemplando a Suzanna.

Su cuerpo inerte.

En el suelo.

—Dios...

Sí.

Consiguió murmurar aquella única palabra al aproximarse inclinándose sobre la muchacha. Reflejándose en los desorbitados ojos femeninos. Leyendo en ellos el mensaje de terror. Eran visibles las huellas en el frágil cuello de Suzanna. Las brutales señales de estrangulamiento.

—Suzanna... Suzanna...

Gleason se incorporó.

Apretando con fuerza las mandíbulas.

Giró incapaz de seguir contemplando por más tiempo el cuerpo de Suzanna. Y fue entonces cuando descubrió el cadáver de Stephen Hancock introducido en una de las cápsulas de cristal. Encorvado. Con el rostro magullado. Deformado. Bañado en sangre.

Patrick Gleason volvió a quedar inmóvil.

Sin reaccionar.

Había pensado en Stephen Hancock como culpable de la muerte de Suzanna.

Y allí estaba.

Muerto.

¿Quién era entonces el asesino?

Patrick Gleason avanzó lentamente. Contempló las cápsulas de vidrio. Una a una. Hasta llegar a los cinco féretros.

Cinco cadáveres.

Una mujer y cuatro hombres.

Cinco hibernados.

¿Por qué mintió Stephen Hancock? Afirmó que en el Cryonic Cemetery sólo había dos hibernados.

Gleason examinó más detenidamente las cinco cápsulas cilíndricas. Todas ellas con los complicados mecanismos en funcionamiento. Así lo delataba el centellear del panel y los tubos acoplados a la pared. Dos féretros más estaban en funcionamiento, aunque vacíos.

Gleason leyó las placas de identificación.

Nancy Bloom y Christopher Kidder. Dos cápsulas vacías donde funcionaba el proceso de hibernación.

Y además...

Patrick Gleason empequeñeció los ojos.

Las cápsulas de los cinco cadáveres estaban abiertas. Había sido deslizada la parte superior. Aquello no podía ser obra del profesor Nilsson. Alguien había estado allí manipulando. Tal vez el asesino de Suzanna y Hancock.

Gleason tragó saliva.

La visión de aquellos cadáveres resultaba espeluznante. Cuerpos desnudos, de rapada cabeza, piel blanquecina, con verdosas venas que parecían tatuadas en relieve...

Patrick Gleason retrocedió.

Instintivamente.

Al encaminarse hacia el túnel de comunicación descubrió la cámara fotográfica de Suzanna. En el suelo. A poca distancia del cadáver de la infortunada muchacha.

Se inclinó para recogerla.

Con lento paso se dirigió al bloque circular. Se situó tras la mesa escritorio atrapando el teléfono. Disco un número en el dial.

—Quiero hablar con el sheriff.

—Yo soy el sheriff Valdwell —respondió la voz—, ¿Quién llama?

—Patrick Gleason, el periodista de la Bauer Press. La hablo desde el Cryonic Cemetery y...

—¿El Cryonic Cemetery? —interrumpió el sheriff—. ¿Está con Stephen Hancock? ¿Se encuentra ahí Hancock?

Gleason hizo una mueca.

—Sí, aquí está.

La voz de John Valdwell acusó fuerte nerviosismo. Habló atropelladamente. Excitado.

—Oiga, Gleason... Hace apenas unos minutos que he recibido la información. Tenemos razonadas sospechas de que Stephen Hancock es el asesino de los Nilson. Reténgale ahí con usted. Vamos de inmediato.

—Con una ambulancia, sheriff.

—¿Una ambulancia?

—Stephen Hancock está muerto. Al igual que mi compañera Suzanna Niall.

El sheriff Valdwell no respondió.

Como si repentinamente hubiera quedado sin habla. Sonó su voz tras larga pausa. Reaccionando a las palabras de Patrick Gleason.

—¡No se mueva de ahí, Gleason!

Patrick Gleason colgó el micro después de que el sheriff cortara bruscamente la comunicación.

Cuatro asesinatos.

Sí.

Hinesville iba a ser una ciudad muy popular.

Gleason, sentado tras la mesa escritorio, comenzó a abrir cajones. También los del archivador modular acoplado en la pared. A poca distancia de la mesa. En uno de los compartimientos del archivador encontró la carpeta de negras tapas de piel. Con una etiqueta. «Experimento HN».

Patrick Gleason abrió la carpeta.

Contenía siete fotografías.

Fotografías de siete cadáveres. Dos mujeres y cinco hombres. Con sus respectivos nombres al pie de la cartulina.

Nada más.

Gleason fue contemplando una a una aquellas macabras fotografías. Cinco de ellas correspondían a los cinco cadáveres depositados en las cápsulas de vidrio. Las otras dos fotografías, Nancy Bloom y Christopher Kidder,

pertenecían a los dos féretros vacíos que mantenían en funcionamiento el panel de instrumentos.

Volvió a guardar la carpeta. Al continuar registrando los cajones del archivador encontró la pistola. Una pequeña automática. Una Sterling calibre veintidós. Con su correspondiente munición.

Patrick Gleason no pudo percatarse de lo que ocurría a su espalda. No sólo por el hecho de estar rebuscando por entre los cajones del archivador. Difícilmente podía percibir el deslizar de aquellos desnudos pies por el pavimento.

Estaba junto a la compuerta del túnel.

Procedente del Cryonic Cemetery.

Un individuo desnudo. De rapada cabeza. De piel blanquecina y escrupulosamente rasurada. Con el relieve de verdosas venas dibujadas sobre la piel. Su rostro semejaba una máscara de cera. Sin expresión alguna. Ni tan siquiera en aquellos grandes ojos que centraban su mirada en Gleason.

Prosiguió el avance.

Sin el menor ruido.

Hacia la mesa escritorio.

Alargó los desnudos brazos. Unas manos de finos dedos se crisparon aproximándose al cuello de Patrick Gleason. Este continuaba centrando toda su atención en el contenido del archivador.'

Fue el olor.

Sí.

Un fétido hedor. Nauseabundo. Un olor putrefacto que pareció envolver de súbito la estancia.

Patrick Gleason giró en el asiento.

Fue pasmoso su alarde de reflejos. Venciendo a la sorpresa y terror que le originó la fantasmal aparición. Se deje caer del sillón giratorio esquivando así las zarpas que ya rozaban su cuello. Atenazó a su atacante por la cintura empujando con fuerza.

Rodaron por el suelo.

Con gran estruendo.

Patrick Gleason fue el primero en incorporarse. Soltando al siniestro individuo. Horrorizado por el contacto. Alucinado.

Fue como tocar el frío hielo.

Aquel individuo era Ned Howard. Uno de los hibernados. Correspondía a una de las fotografías de la carpeta etiqueta «Experimento HN». Y era el individuo que instantes antes reposaba rígido en el interior de una de las cápsulas cilíndricas de vidrio.

Gleason proyectó su puño derecho. Al rostro del individúo. Con violencia. Con toda la fuerza que le proporcionaba el miedo.

Ned Howard no acusó el impacto.

Ni tan siquiera parpadeó.

Atrapó a Patrick Gleason por los hombros. Como si fuera un pelele. Con

asombrosa facilidad lo alzó en vilo lanzándole contra la pared.

Gleason se protegió la cabeza con los brazos. Golpeó contra uno de los paneles de electroluminiscencia de la pared para seguidamente rebotar y caer al suelo. Se incorporó aturdido sacudiendo la cabeza.

Un infrahumano gruñir le hizo retroceder instintivamente.

Esquivó ¡a feroz acometida del individuo.

Patrick Gleason reaccionó propinándole un salvaje puntapié al bajo vientre. Un demoledor golpe a los testículos. Ni una leve mueca de dolor en el níveo rostro de Ned Howard. Ni se encogió ante el brutal impacto. Sólo sus verdosas venas parecieron hincharse aún más. Acentuando el tono verduzco. Y volvió a rugir. Como una bestia herida.

Gleason percibió el silbar del puño del individuo junto a su oreja izquierda. Terrorífico. Lo esquivó con dificultad. Correspondió con un golpe de karate. Un contundente Komekami. Un golpe a la sien. De profesional. Patrick Gleason era un experto karateka. Y d golpe propinado capaz de originar la muerte.

Ned Howard ni tan siquiera se tambaleó. Desplazó su zurda. Ahora sí alcanzó a Gleason. Un violento puñetazo que le hizo rodar por encima de la mesa escritorio.

Patrick Gleason, aunque aturdido por el trallazo, se precipitó hacia el archivador. Atrapó velozmente la automática. Encañonó con la Sterling al individuo que avanzaba amenazador.

—¡Atrás! —Ordenó Gleason—. ¡Un paso más y disparo! / Una feroz mueca se reflejó ahora en el rostro de Ned Howard. Una demoníaca mueca que Patrick Gleason catalogó como una sonrisa.

Sí.

Se estaba riendo.

Alargó sus engarfiadas manos.

Patrick Gleason apretó el gatillo. El proyectil golpeó en el pecho del individuo. A la altura del corazón. Se dibujó un negruzco orificio en la piel. La bala no detuvo el avance de Ned Howard. Todo lo contrario. Pareció incrementar su furia. Empujó la mesa contra Gleason. Con intención de aplastarle contra la pared.

Patrick Gleason soltó la pistola.

Estupefacto.

Una sensación de terror le paralizó. Aquel disparo había alcanzado de lleno en el corazón del individuo. Sin detenerle. En parte era lógico. ¿Podía una bala abatir a... un muerto?

Eso era Ned Howard.

Un cadáver viviente.

Patrick Gleason corrió hacia la puerta de salida. Abrió desesperadamente la hoja metálica. Tras él, casi sobre la nuca, percibía el fétido aliento del individuo. El frío contacto de sus manos.

Gleason salió como una exhalación. Trastabilló cayendo aparatosamente.

Quedó a merced de Ned Howard, pero el ulular de una sirena se dejó oír en el silencio de la noche.

Aquello sí detuvo al individuo. Permaneció unos instantes indeciso. Rígido. Fantasma!. Acto seguido giró emprendiendo veloz carrera hacia los árboles.

Y desapareció tragado por las sombras de la noche.

CAPITULO VIII

Patrick Gleason se mesó los cabellos.

Nerviosamente.

—No me cree, ¿verdad, sheriff?

—Ni una sola palabra.

—Oiga, sheriff...

—¡No, maldita sea! —Interrumpió John Valdwell, con brusquedad—, ¡Escuche usted, Gleason! De la noche a la mañana, Hinesville se ha convertido en una ciudad sangrienta. ¡Cuatro asesinatos! Puedo asegurar que las muertes de los Nilsson ya tienen un culpable. Stephen Hancock. Mintió en su declaración. Un testigo afirma que el Pontiac de Hancock permaneció detenido unas yardas antes de llegar al bungalow de los Nilsson. Y vio salir a Stephen Hancock de la casa. También hemos descubierto sus huellas en el jardín. En la parte posterior. Muy marcadas. Corresponden a los zapatos de Hancock. Pensaba interrogarle, pero alguien silenció su boca para siempre. ¿Quién?

—Ned Howard.

—¡Y un cuerno! Esa es la historia que le gustaría soltar a sus lectores. La Bauer Press le pagaría bien, ¿no es cierto? Un muerto que resucita y...

—Le vi con mis propios ojos, sheriff. Ned Howard. Ese era el nombre que figuraba en la placa de la cápsula. Y de allí salió.

—Eso no lo pongo en duda, Gleason. Fue atacado por un hombre que se ocultó en uno de esos ataúdes de vidrio. Posiblemente un ladrón que, al verse descubierto, atacó a Suzanna Niall y Stephen Hancock. Y luego a usted.

Patrick Gleason fue hacia el archivador.

Extrajo la carpeta de negras tapas que abrió sobre la mesa. De entre las siete fotografías seleccionó una que mostró al representante de la ley.

—Ese es el individuo que me atacó, sheriff. Ned Howard. ¡Uno de los hibernados del Cryonic Cemetery! ¡Puedo jurarlo!

John Valdwell sonrió con sarcasmo.

—Ya. También jura que le disparó a quemarropa. Sin que la bala hiciera efecto.

—Correcto.

—¡Maldita sea, Gleason! ¡Reconozca lo absurdo y ridículo de su historia! Estaba impresionado. Aturdido por lo ocurrido a su compañera Suzanna. Luego contempló los cadáveres. Esos hibernados... ¡Condenación! Yo mismo he acusado cierto repeluzno, muchacho. Rígidos, desnudos, blanquecinos, con esas verdosas venas por el cuerpo... Se imaginó que era atacado por uno de ellos. En el rostro de ese supuesto ladrón imaginó ver a Ned Howard. Instantes antes había estado contemplando las fotografías. Se impresionó y...

Patrick Gleason interrumpió al sheriff. También con una sonrisa. Con una dura mueca.

—No me dejo impresionar con facilidad, sheriff. Era Ned Howard. ¿Un ladrón...? ¿Por qué iba a estar desnudo?

—Quiso ocultarse. Camuflarse entre los otros hibernados.

—No, sheriff. Yo tengo otra hipótesis.

—Adelante con ella, hijo. Tenemos tiempo. Al menos mientras los de dactiloscopia deambulan por el bloque de los hibernados. Cuénteme su historia. Resultará divertida. Tiene imaginación, Gleason. La calenturienta imaginación de un periodista dedicado al sensacionalismo.

Gleason encendió un cigarrillo.

Con ademanes pausados.

—No soy un ignorante en ciertos temas, sheriff. El proceso de hibernación no me causa asombro. Hice un reportaje sobre los primeros experimentos de hibernación. Conozco el terreno.

—¿De veras? Yo sí soy un ignorante, muchacho. Déme unos conocimientos básicos. Hable de los hibernados. De seguro afirmará que pueden resucitar.

Gleason hizo caso omiso a la ironía del representante de la ley.

—No, sheriff. No pueden resucitar. Están muertos. Todo el que desea ser hibernado lo pone en conocimiento de la correspondiente empresa científica dedicada a ellos y abona los gastos del proceso. Desde ese momento, se somete a continua vigilancia. Se trata siempre de enfermos incurables. Y hay que actuar sin perder un solo segundos. Actuar instantes después de que el médico haya firmado el acta de defunción. Se procede a masajes cardíacos para mantener en circulación la sangre del cuerpo a la vez que se cuidan las células cerebrales. Se inyecta un medicamento para evitar la coagulación de la sangre. Seguidamente, hielo picado y una solución acuosa de SMVD permitirá que el frío conserve los tejidos internos.

Patrick Gleason hizo una pausa.

Muy breve.

Sólo para exhalar una bocanada de azulado humo y comprobar que el sheriff seguía con atención sus palabras.

Prosiguió:

—Por medio de una incisión arterial es extraída la sangre leí cuerpo. A través de un segundo tubo se bombean soluciones químicas al interior del cuerpo. A continuación se inyectan cuatro litros de solución Tros-VC, a temperatura de cinco grados bajo cero. Luego, dos litros más, a diez grados bajo cero. Las arterias, las venas y los pulmones se limpian y llenan con un líquido especial para que no sean destruidos por el proceso de cryonización. El cuerpo es congelado a una temperatura de setenta y nueve grados centígrados bajo cero. Y así será almacenado. Actualmente no se cura el cáncer, la leucemia y otras enfermedades más; pero llegará un día en :que sí serán vencidas. Ese día, para los cientos de hibernados en diferentes centros especializados de los Estados Unidos, será el inicio de una segunda vida. Se procederá a un complicado proceso de «descryonización» y tratados de la

enfermedad que les ocasionó la muerte.

John Valdwell sacudió la cabeza.

—¡Por todos los diablos...! ¿Están muertos, sí o no?

—Por supuesto que están muertos. Clínicamente muertos, pero la ciencia puede volverlos a la vida en un futuro.

El sheriff comenzó a reír.

Nerviosamente.

—Los muertos están muertos, muchacho. Ahora y en el futuro. Todo eso que me ha explicado... ¿es el método utilizado por el profesor Nilsson con sus hibernados?

—Lo ignoro, aunque básicamente ése es el proceso de hibernación. Stephen Hancock me mintió. Dijo que sólo había dos hibernados en el Cryonic Cemetery.

—El bastardo de Hancock nos mintió a todos —dijo el sheriff, endureciendo las facciones—. Me consta que acabó con los Nilsson. Conocía a Stephen. Era un hijo de perra. Babeaba por Paula Nilsson. En más de una ocasión...

—¡Sheriff! —Llamó una voz desde el túnel de comunicación—. ¿Puede venir un momento?

John Valdwell acudió a! pasillo que comunicaba con el bloque de los hibernados.

Patrick Gleason aprovechó la ausencia del representante de la ley para rebuscar nuevamente por el archivador. Hasta encontrar lo que deseaba. Un libro de registro. Un libro donde figuraba la filiación de todos los hibernados, circunstancias de la muerte, familiares, pagos efectuados, cuotas de mantenimiento... Muchos hibernados, pero la mayoría de ellos dados de baja en el proceso de hibernación. Por falta de pago en la cuota de mantenimiento a abonar por los familiares. Sólo quedaban siete hibernados. Siete cadáveres en el Cryonic Cemetery.

Patrick Gleason experimentó un súbito escalofrío. El había contemplado cinco cadáveres en los ataúdes de vidrio. Y uno de ellos, el de Ned Howard, salió del féretro. Faltaban otros dos. Los de Nancy Bloom y Christopher Kidder. No habían sido dados de baja en el libro de registro. ¿Qué había sido de ellos? ¿También habían abandonado su ataúd?

—¡Maldita sea, Gleason! —Exclamó el sheriff, bajo el umbral de la compuerta—, ¡Deje eso! ¡No quiero que siga husmeando por aquí! ¡No toque nada! Ya está todo bastante revuelto.

—Se han llevado ropa, sheriff. Ropa de los Nilsson.

—¿Quién?

Patrick Gleason esbozó una sonrisa.

Muy forzada.

—Voy a contarle mi versión de los hechos, Valdwell. El Cryonic Cemetery no era negocio. No podía serlo con tan sólo siete hibernados y, de ellos, únicamente dos pagando cuota de mantenimiento. Stephen Hancock

quiso romper su sociedad con el profesor Nilsson. Discutieron. Hancock mató al profesor y a su esposa.

—Eso ya lo sé. Se están acumulando pruebas contra Hancock en el bungalow de los Nilsson. Ya no hay duda de que él cometió el doble crimen. Se ensañó con los Nilsson para hacernos creer que se trataba de un loco asesino y ladrón.

—Déjeme continuar, sheriff. Stephen Hancock se desplazó al Cryonic Cemetery. Manipuló en los complicados aparatos de hibernación. Alteró los paneles. Con la intención de paralizar el proceso. Hizo algo más que eso. Algo que nadie podía llegar a imaginar. Algo que yo mismo me resisto a creer, pero que llegué a presenciar con mis propios ojos. Al alterarse los mecanismos entró en juego algo desconocido. Un fenómeno que hizo retornar a la vida a los hibernados.

—Oiga, Gleason...

—El profesor Nilsson estaba investigando en ello. Investigando en algo nuevo —siguió Patrick Gleason, ajeno a la interrupción del sheriff—. No hay más que ver los féretros de siete hibernados. Son distintos a los restantes. Los paneles, los tubos, la base de las cápsulas... Son totalmente distintos a los demás. En esta carpeta hay siete fotografías. Corresponden a siete hibernados. Sus nombres figuran en esas siete cápsulas especiales. «Experimento HN». Experimento Hibernación Nilsson. Stephen Hancock provocó una extraña reacción en los aparatos. Nancy Bloom y Christopher Kidder fueron los primeros en retornar a la vida. Ellos acabaron con Hancock y con mi compañera Suzanna. Abrieron los féretros para que los demás hibernados también salieran. El tercero fue Ned Howard. Le sugiero que ordene vigilar a los cuatro restantes, sheriff.

—Vigilar cadáveres, ¿eh?

—Nancy Bloom y Christopher Kidder se vistieron con las ropas de los Nilsson. Ropas que encontraron en ese armario. Y luego se marcharon en el auto de Stephen Hancock.

—Muy interesante, Gleason. Una historia digna de un periodista dedicado a reportajes sensacionalistas. Supongamos que sigo su consejo. Que acepto su hipótesis. Vigilar a cuatro cadáveres que reposan ahora en el Cryonic Cemetery, perseguir a dos fiambres que viajan en un Pontiac y caza y captura de otro cadáver que corretea desnudo por los alrededores. ¡Maldita sea...! ¿Imagina cuánto tiempo tardaría en ser cesado en mi puesto?

—Prefiere su idea de supuesto ladrón.

—¡Por supuesto!

Patrick Gleason se incorporó.

Cansinamente.

—Me encontrará en Hinesville, sheriff. En el hotel. Debo ponerme en contacto con la Bauer Press y comunicar lo ocurrido. De seguro procederemos a trasladar el cadáver de Suzanna Niall a Dallas.

—He solicitado ayuda a Cloris City —informó John Valdwell—.

Procuraré que la autopsia y todos los demás trámites se solucionen con rapidez. Lamento lo ocurrido a su compañera. Y le prometo también cazar al culpable. He movilizado a todos mis hombres.

—Hasta luego, sheriff.

—Gleason...

Patrick Gleason, ya próximo a la puerta de salida, giró sobre sus talones. Fijando la mirada en el representante de la ley.

—¿Si?

—Antes de divulgar a la Bauer Press su fantástica hipótesis, piénselo un par de veces. No nos gustaría una leyenda de muertos vivientes por Hinesville. Espere un poco y yo solucionaré el caso. Su versión es... ridícula. Esos hibernados, aun en el caso de que volvieran a la vida, no pueden salir de las cápsulas sin ayuda. ¿Quién abrió los féretros de Nancy Bloom y Christopher Kidder?

—Tal vez Stephen Hancock. O mi propia compañera Suzanna.

—¿Por qué iban a hacer semejante cosa?

—No lo sé, sheriff..., no lo sé... Son demasiadas preguntas las que tengo sin respuesta.

CAPITULO IX

Los verdes ojos de Sharon Bedi reflejaban tristeza. Su bello rostro ovalado también aparecía velado por la tristeza.

—¿Quieres otro whisky, Patrick?

Gleason alzó la mirada desviando los ojos del vado vaso sostenido entre las manos.

—¿Cómo...? Ah, no... Gracias, Sharon. Ni bebiendo toda la botella de whisky lograría animarme.

Sharon guardó silencio. Fue hacia uno de los muebles del salón para atrapar la cajetilla de Paxton. Succionó ávidamente el mentolado. Con cierto nerviosismo. Deambuló por la estancia para terminar acudiendo junto a Gleason. Compartiendo el sofá.

—Patrick, yo..., yo... lamento lo ocurrido a Suzanna. Y estoy avergonzada. Con remordimientos. Cuando marchaste con Suzanna a Hinesville fui presa de los celos. Reconozco que...

La voz de Sharon se quebró.

Ahogada por un sollozo.

Patrick Gleason esbozó una sonrisa a la vez que sus ojos contemplaban fijamente a la muchacha.

Sharon Bedi. Veintidós años de edad. Bella como una diosa huida del Olimpo. Era la secretaria de Gleason. Desde hacía ya más de ocho meses. Patrick Gleason la contrató deseoso de no dejar escapar aquella belleza de su lado. Convencido de que no sería una buena secretaria. Se equivocó. Sharon resultó ser una muchacha inteligente y eficaz. Dominaba varios idiomas, experta en mecanografía, taquigrafía... De la máquina de escribir de Sharon nacieron los dos libros publicados por Gleason. También Sharon era quien mecanografiaba los artículos periodísticos dictados por Patrick Gleason. Y en más de una ocasión había aportado su propio criterio colaborando con el periodista.

Patrick Gleason tomó entre sus manos el rostro femenino.

Besó los labios de Sharon. Sus mejillas. Percibiendo el agridulce sabor de las lágrimas que ya surcaban el rostro de Sharon.

—Suzanna era una buena amiga, Sharon. Una compañera. Simplemente eso. Su muerte ha sido horrible. Su muerte... y todo lo demás. Estoy aturdido. Aturdido y asustado. Creí que ahora, después de haber enterrado a Suzanna, serenaría mi ánimo; pero mi mente sigue atormentada por los sucesos. Unos hechos que nadie quiere dar crédito.

—Yo sí creo tu historia, Patrick. Y el señor Bauer también. Quiere que hagas un amplio reportaje sobre lo ocurrido en el Cryonic Cemetery de Hinesville.

Gleason volvió a sonreír.

En amarga mueca.

—El señor Bauer sólo quiere que los periódicos se disputen la exclusiva de la Bauer Press. Un reportaje con mucha sangre, mucha violencia, mucho sensacionalismo, con acentuadas notas de terror... Eso es lo que el público quiere. Emociones fuertes. El señor Bauer no da crédito a mi historia, pero me anima a escribirla. ¡Al diablo con él! La muerte de Suzanna ni tan siquiera le ha hecho pestañear.

—Vuestro primer envío fue un éxito, Patrick. Toda la redacción de la Bauer Press admiró las fotografías de Suzanna y tu artículo. Por primera vez, un doble crimen era narrado con rigor periodístico. Sin concesiones a lo macabro. El señor Bauer quiere ahora la segunda parte de la historia. La muerte de Suzanna, la de Stephen Hancock... y lo ocurrido en el Cryonic Cemetery.

Gleason se incorporó. Atrapó el vaso depositado sobre la mesa y se aproximó al mueble bar. Alargó su mano hacia la botella de Johnnie Walker.

—No pienso escribir una sola línea.

—¿Por qué, Patrick?

—John Valdwell, el sheriff de Hinesville, ya ha dado su versión oficial. Está a la caza de un desconocido. De un individuo, presumiblemente un ladrón, que entró en el Cryonic Cemetery. Sorprendiendo a Suzanna Niall y Stephen Hancock. Nada se dice de los hibernados. Escribiré un artículo sobre la muerte de una periodista llamada Suzanna Niall. Enterrada hoy en el cementerio de Down Hill, en la ciudad de Dallas. Sólo eso.

—Haces mal, Patrick. Ese no sería el deseo de Suzanna. Dices que era una buena periodista, ¿no es cierto? Se arriesgó en fotografiar el interior del Cryonic Cemetery. Precisamente estoy revelando el carrete, Patrick. Tomé la máquina de tu auto.

Gleason se encogió de hombros.

—Me había olvidado por completo de esa máquina. Estaba junto al cadáver de Suzanna. Su máquina favorita. Recuerdo haberla cogido y... No me importa, Sharon. Por magníficas que sean las fotografías del Cryonic Cemetery, no haré el reportaje. Ya no interesa el trabajo del profesor Nilsson. La Bauer Press quiere que hable de os asesinatos, de los muertos vivientes... ¡Malditos bastardos!

Patrick Gleason vació de un solo golpe el vaso de whisky.

La muchacha se levantó del sofá. No fue hacia Gleason, sino que abandonó con rápido paso el salón.

Gleason volvió a atrapar la botella de whisky.

Detuvo el iniciado ademán de llenar nuevamente el vaso. Sintió náuseas. El había acompañado al cadáver de Suzanna desde Hinesville a Dallas. Y luego directamente al cementerio de Down Hill. Suzanna no tenía familia. Muy pocos fueron los que acudieron a llorar sobre su tumba. En una ciudad como Dallas se vivía insensibilizados a la muerte. Era ya algo cotidiano. Sólo interesaba sobrevivir. Mantenerse en la jungla de asfalto. Medrar. Eso era lo único que...

El grito femenino hizo respingar a Gleason.

Quedó perplejo.

Era Sharon quien gritaba. Ahora llamándole con angustiada voz.

—¡Patrick...! ¡Patrick...!

Gleason abandonó precipitadamente el salón. Guiado por la desgarradora llamada de Sharon acudió hacia una de las últimas puertas del corredor. Abrió la hoja de madera. Una pequeña estancia. Sin ventanal alguno. Una reducida habitación destinada a trabajos de laboratorio fotográfico.

La estancia estaba en penumbras.

Sharon estaba apoyada en la pared.

Pálida y temblorosa.

—¡Sharon...! ¿Qué ocurre...?

Los gordezuelos labios de la muchacha balbucearon trémulos. Extendió el brazo derecho. Señalando hacia el recipiente donde se sumergían las reveladas fotografías.

Patrick Gleason se aproximó.

Empequeñeció los ojos. Endureciendo las facciones. No palideció. Ni tan siquiera pareció acusar sorpresa. Se limitó a contemplar aquellas tres fotografías. A todo color. Tres únicas fotografías en todo el carrete. Tres espeluznantes fotografías. Suzanna no había fotografiado el Cryonic Cemetery.

Se había limitado a fotografiar a su asesino.

Sí.

Allí estaba.

Un horrendo individuo de cabeza rapada. Ojos níveos. Rostro blanquecino, con verdosas venas serpenteando por su cuerpo. Manos engarfiadas.

Tres fotografías.

Tres instantáneas.

En una de ellas, el individuo saliendo de la cápsula de vidrio. En las otras dos se adivinaba su amenazador avance hacia Suzanna.

Ya no pudo realizar ninguna otra.

—Patrick...

Gleason giró hacia la pálida y temblorosa Sharon. Rodeando protectoramente los hombros femeninos abandonaron la estancia. Pasaron al salón. Ahora fue Patrick Gleason quien ofreció un vaso de whisky a la muchacha.

—Tranquilízate, Sharon.

—Patrick... era..., era...

—Sí, Sharon. Uno de los hibernados. Christopher Kidder. El que, junto con Nancy Bloom, abandonó su letargo. Los dos féretros vacíos. Luego salió Ned Howard. Pronto lo harán los otros cuatro.

—Dios mío... Ahora sí tienes pruebas, Patrick. Esas fotografías. Ahora sí puedes escribir el reportaje sin temor a que te acusen de oportunista, sensacionalista o fantasioso.

—No puedo perder el tiempo en eso, Sharon.

—¿Qué quieres decir?

Gleason no respondió.

A grandes zancadas abandonó el salón acudiendo hacia una de las habitaciones del apartamento. El dormitorio. Del armario extrajo una chaqueta que se ajustó con rapidez.

Sharon había llegado tras él.

—Patrick...

—Puedes quedarte aquí, Sharon. Te necesitaré. A mi regreso escribiré ese reportaje.

—¿Adónde vas?

Patrick Gleason besó fugazmente los labios de la muchacha. Sin responder a la pregunta formulada.

—Espérame, Sharon.

—¡Patrick...!

Gleason, haciendo caso omiso a la llamada de la joven, abandonó el apartamento. El ascensor le condujo al parking subterráneo del edificio. Allí estaba su «Mustang».

Se hallaba en Sydow Street. Entre la Beacon Avenue y el Randall Park. En el centro de la populosa ciudad de Dallas. Su destino era el 1.216 de Kahn Boulevard. En el Barrio Huston. Al otro lado del Trinity River.

Aquél era el domicilio de Angie Kidder. La viuda de Christopher Kidder.

Patrick Gleason había grabado en su mente aquella dirección. Tomada del libro de registro llevado por el profesor Nilsson.

Ya era noche en Dallas. Y la ciudad vivía su bulliciosa etapa nocturna. Night-Clubs, salas de juego, espectáculo y demás centros de diversión rivalizaban con sus multicolores luminosos de neón.

Patrick Gleason, mientras circulaba hacia Barrio Huston, se sintió dominado por una extraña sensación. Algo que le hizo perlar la frente de frío sudor. Estaba convencido de que Christopher Kidder había acudido a visitar a su viuda. Tenía ese presentimiento.

Sí.

Gleason estaba acertado.

Christopher Kidder le esperaba en Khan Boulevard.

CAPITULO X

Angie Kidder no guardó luto a la muerte de su marido.

Todo lo contrario.

Difícilmente pudo controlar su alegría ante el cadáver aún caliente de Christopher Kidder. Habían sido unos infernales años de matrimonio. Angie era enfermera en el Warden Hospital cuando conoció a Christopher Kidder. Confidencialmente se enteró de la grave dolencia que atacaba a Kidder. Cáncer. Un tumor que pronto le enviaría a la tumba.

Angie, astuta y ambiciosa, decidió actuar. Solicitó su baja en el Warden Hospital y se dedicó de lleno a la conquista de Christopher Kidder. Un hombre de cuarenta años, soltero, taciturno... y forrado de dólares. Resultó presa fácil para los encantos de Angie. Una jovencita cariñosa y aparentemente ingenua.

Se efectuó el matrimonio.

Y Angie se dispuso a desempeñar el papel de esposa abnegada, fiel y amorosa. Sería cuestión de poco tiempo. Christopher Kidder tenía los días contados.

Se equivocó.

Christopher Kidder sobrevivió dos años. Dos años de matrimonio. Dos años de continuo fingir para Angie. Dominando su repulsión, compensándola con la esperanza de la herencia. Sumisa a todo. Consciente de que ella sería la única heredera. De ahí que aceptara todos los caprichos de Christopher Kidder. Incluido el de su hibernación.

Sí.

Angie llegó incluso a forzar una sonrisa cuando Christopher Kidder entregó los cuarenta mil dólares al profesor Nilsson para que, una vez muerto, se iniciara el proceso de hibernación. Y Angie se comprometió a pagar la cuota mensual de mantenimiento. Maldiciendo interiormente. Llorando el despilfarro de aquellos cuarenta mil dólares en tan absurdo proyecto.

Christopher Kidder era como un niño grande. Siempre mimado por la fortuna. Al descubrir su enfermedad incurable, se hundió. Física y moralmente. Donó sus ojos a una institución. Luego se empezó a hablar de los hibernados. Y decidió ser uno más. Con la esperanza de regresar en un futuro al mundo de los vivos.

Angie no olvidaría jamás el día de la muerte de Christopher Kidder.

Un horrible día.

Primero fueron los del banco de ojos. Allí se presentaron. En el lujoso bungalow de Khan Boulevard. Como buitres. Y luego estaba el equipo del profesor Victor Nilsson.

Angie, aquel mismo día, al quedarse sola, brindó con champaña. Al fin era libre. Era la dueña de todo. La heredera. Y sin la odiosa presencia de Christopher Kidder. Comenzó a vivir. Plenamente. Recuperar los años

perdidos al cuidado de Kidder. Por supuesto que dejó de pagar la cuota de mantenimiento del Cryonic Cemetery. Los muertos no necesitan cuidados.

Pronto se cumpliría un año del fallecimiento de Christopher Kidder.

Y Angie continuaba viviendo intensamente. Se aproximaba a la frontera de los treinta años de edad. Era hermosa. Con un cuerpo tentador. Y su fortuna le permitía seleccionar a sus acompañantes.

Brock Lommel era un buen ejemplo de ello. Un joven de veinticuatro años de edad. De rostro bronceado. Rabiosamente atractivo. Atlético. Un perfecto adonis.

—¡Eh, Angie...! ¡Se acabó el champaña!

—¿De veras?

Brock Lommel tenía la botella en su diestra. La inclinó derramando las últimas gotas sobre los desnudos senos de Angie.

La mujer lanzó un pequeño grito.

Volvió a gemir, aunque ahora voluptuosamente. Suspirando placentera. Acusando las expertas caricias de Lommel. Este besaba una y otra vez los salpicados senos femeninos.

—Voy a por otra botella... Pienso bañarte en champaña, Angie...

Angie rió divertida.

Contempló cómo Brock Lommel saltaba del lecho con la vacía botella en la mano derecha. Abandonó la habitación encaminando sus pasos hacia la cocina. Fue al abrir la puerta cuando acusó la corriente de aire.

Lommel entornó los ojos. El mismo había cerrado cuidadosamente la ventana,, y ahora estaba abierta. Alzada la hoja. Moviéndose los cortinajes por efecto del aire.

Accionó el interruptor de la pared.

Parpadeó.

No se encendió la luz de la cocina. Avanzó hacia el ventanal procediendo a bajar la hoja. A su espalda, la puerta de la cocina se iba cerrando lentamente. Empujada por una mano de largos y huesudos dedos.

Brock Lommel había acudido al frigorífico.

Al abrir la compuerta se iluminó el interior de la nevera. Allí, en posición horizontal, reposaban dos botellas de selecto champaña francés. Atrapó una de ellas.

Y la sombra se proyectó sobre Lommel.

Ahora sí pudo percibirla a su espalda.

Brock Lommel giró con rapidez. Instintivamente, soltó la botella. Impresionado por la fantasmal visión. La iluminación del abierto frigorífico le permitía contemplar al individuo.

Un individuo de cabeza rapada. Con unos ojos formados por dos diminutas esferas blancas a juego con la nívea piel del rostro. Vestía una chaqueta oscura y camisa cremosa. Los botones reventados. También le era pequeña la chaqueta y el pantalón. Era patente que aquella vestimenta no le correspondía. Las muñecas asomaban bajo la manga de la chaqueta. Mostrando casi la

totalidad del antebrazo.
—¿Quién..., quién eres? —tartamudeó Lommel.
El individuo no respondió.
Se inclinó lentamente. Alargando la diestra. Mostrando las verdosas venas. Los largos dedos atraparon el gollete de la rota botella de champaña.
—Voy a llamar a la policía. Le...
Brock Lommel enmudeció.
Aquellos níveos ojos parecían fijos en él. No eran los ojos de un ciego. Pese a la penumbra reinante, había recogido certeramente el gollete de la botella. Y mantenía aquellas espeluznantes esferas blancas en Lommel. Siguiendo sus movimientos.
El miedo dominó a Brock Lommel.
Se hizo a un lado con intención de esquivar al individuo y correr hacia la puerta; pero fue tan sólo un ademán. El individuo de cabeza rapada, como si leyera los pensamientos de Lommel, actuó.
Proyectó su mano derecha.
Empuñando el gollete de la botella hacia el rostro de Brock Lommel. Con feroz violencia.
Un desgarrador alarido de dolor brotó de Lommel al recibir los cortantes cristales en el rostro. Ya no volvió a gritar. Una zarpa atenazó su cuello. Una fría mano que le empujó hacia el interior del frigorífico. Presionándole la cabeza contra uno de los compartimentos de la nevera.
Escuchó la risa.
Una demoníaca y gutural carcajada.
El rostro de Brock Lommel era una máscara de sangre. Los cristales de la botella habían reventado sus ojos. No pudo ver cómo el ensangrentado gollete se alzaba de nuevo. Bajó una y otra vez sobre el rostro de Lommel. Desdibujando sus facciones.
Brock Lommel se debatió inútilmente.
Hasta quedar inmóvil.
Fue entonces cuando la zurda del individuo le soltó el cuello, pero la diestra continuó aferrando el gollete de la botella.
Retrocedió unos pasos.
Como si quisiera mejor contemplar su obra.
Brock Lommel yacía parcialmente introducido en el refrigerador. Con el rostro convertido en una viscosa masa rojiza.
El individuo de cabeza rapada salió al corredor. Avanzó hacia una de las habitaciones. Conocía bien aquel lujoso bungalow. Dotado de las máximas comodidades. Paredes insonorizadas. Aislantes del ruido.
Unas gotas de sangre iban salpicando el moquetado pasillo.
Gotas que caían de los ensangrentados cristales del gollete de la botella.
La mano izquierda del individuo hizo girar el pomo de la puerta. Muy lentamente. La hoja de madera se abrió con suavidad. Sin el menor fluido.
La habitación principal del bungalow.

El dormitorio más amplio.
También muy conocido por el individuo de cabeza rapada.
Angie continuaba en el lecho. Removiéndose sensual. La estancia sólo iluminada por la lámpara de noche. Enfocando el desnudo cuerpo de la mujer.
Angie parpadeó ligeramente a la vez que arrugaba la nariz en instintivo mohín. Un súbito hedor pareció envolver la habitación. Un fétido olor.
La mujer se incorporó, quedando sentada en el lecho.
Fue entonces cuando descubrió al visitante. Junto a la puerta. En la penumbra. Inmóvil como una estatua.
—¿Quién...? ¿Brock...?
No.
No era el bello Brock Lommel.
Angie contempló aterrada el avance del individuo. Hasta que quedó iluminado por la lámpara de la mesa de noche. Entonces el terror desencajó las facciones de Angie. En indescriptible mueca. Un infinito terror que sus incrédulos ojos se resistían a admitir.
—No..., no..., no es posible...
—Hola, Angie.
La infrahumana voz incrementó el terror en Angie. Sacudió la cabeza. Como si quisiera despertar de una horrible pesadilla.
—No..., no...
—Sí, Angie. Soy yo. Christopher. Tu amado esposo.
Angie gritó en alucinado alarido. Saltó del lecho. Su tobillo izquierdo se enganchó en la sábana, cayendo aparatosa mente al suelo.
Quedó a los pies de Christopher Kidder.
—Yo te di todo, Angie... toda mi fortuna. Y me abandonaste. No has sido capaz de pagar la mísera cuota de mantenimiento en el Cryonic Cemetery.
La mujer se percató de los ojos de Christopher Kidder. Unas diminutas esferas blancas. A su muerte había donado los ojos. No podía ver. Se guiaba por la voz.
Angie controló con dificultad su agitado respirar.
Gateó por el suelo.
Muy despacio.
Pero aquellos níveos ojos parecieron seguir cada uno de sus movimientos. Y el terror venció de nuevo a la mujer. Se incorporó aullando. Intentando llegar hasta la puerta.
—Ya no estaré solo, Angie —rugió Kidder, saltando sobre la aterrada mujer—. ¡Tú me acompañarás al reino de las tinieblas!
Certeramente.
Sin el menor error.
Los cristales de la botella se hundieron salvajemente en el rostro de Angie. En los senos femeninos. En el vientre. En los esbeltos muslos... Desgarrando la piel. Destrozando aquel bello cuerpo.
Angie, que en principio braceaba desesperada, terminó por quedar inmóvil.

Christopher Kidder sí soltó ahora el gollete de la botella. Giró lentamente. Arrastrando los pies. Hacia la puerta de la habitación. Instantes más tarde salía al porche del bungalow. Descendió los escalones dirigiéndose hacia el contiguo garaje.

En ese momento surgieron los faros del auto. Iluminando Khan Boulevard. Un vehículo que se adentró por el ajardinado sendero que conducía al bungalow.

Un Ford «Mustang».

* * *

Patrick Gleason descendió del auto.

Encaminó sus pasos hacia el porche del bungalow, pero no llegó a subir los escalones. Un ruido sonó a su izquierda. Procedente del contiguo garaje. Como si un objeto hubiera caído al suelo.

Gleason quedó inmóvil. Atento. En espera de algún otro sonido. No se originó. Sólo el silencio en la tranquila zona de Khan Boulevard. Un barrio residencial alejado del bullicioso tráfico de la ciudad.

Avanzó hacia el garaje.

La puerta de entrada abierta. Borrosamente se divisaban dos vehículos en el interior.

Patrick Gleason intuyó que había alguien más.

Prosiguió su avance.

Accionó la llama del encendedor para descubrir el interruptor de la luz. Lo presionó, iluminando la estancia. Dos autos. Un Corvette y un Skyhaw. Varias estanterías y, al fondo, una mesa de trabajo con profusión de herramientas.

Allí era donde se encontraba Christopher Kidder. Junto a la mesa de trabajo. A sus pies una caída lata de gasolina. Con el líquido derramándose por el suelo.

Patrick Gleason se estremeció.

No sólo por la siniestra visión del individuo, sino al contemplar sus ensangrentadas manos. Aquello significaba nuevas muertes.

—Buenas noches, Christopher. Soy Patrick Gleason, perista de la Bauer Press. Quiero que...

—Morir —interrumpió Kidder, con su fantasmal voz—. Eso es lo que quieres.

El individuo comenzó a avanzar amenazador.

Gleason forzó una sonrisa.

—Todos tenemos que morir, Christopher. Llegado mi momento, me resignaré. Sin solicitar ser hibernado. La vida es un asco. No quiero una segunda oportunidad.

—Yo sí deseaba una segunda oportunidad... También el profesor Nilsson investigó para perfeccionar el regreso. Un nuevo método de hibernación.

Revolucionario. Ignoro cuál hubiera sido el resultado final, pero sí conozco las consecuencias de la acción de Stephen Hancock. Manipuló en todos los parámetros en funcionamiento. Alteró los instrumentos... y nos retornó a la vida. Convertidos en monstruos. En muertos vivientes. Eso somos... Ya no hay posibilidad alguna para nosotros.

—Te equivocas, Christopher. Hay otros centros de hibernación en los Estados Unidos. Sométete a ellos. Investigarán lo ocurrido y...

—No. Ya es demasiado tarde. Ya no quiero retomar en un futuro... Ahora soy inmortal. Inmune a las enfermedades. A las balas. Soy como un autómata. Un robot infernal. Ahora que quiero morir... tengo vida eterna. He despertado para comprobar la traición de la mujer amada. Tengo poderes señoriales extraordinarios. Puedo ver aun careciendo de ojos... í..., soy realmente un monstruo... Un monstruo con impulsos de matar, destruir... También los otros despertarán... Mis compañeros de hibernación. Nancy Bloom ya estará junto a •u esposo..., él sí pagó la cuota de mantenimiento para Nancy; pero no será aceptada... Ya no somos humanos...

Christopher Kidder prosiguió avanzando.

Alargó sus engarfiadas manos.

Patrick Gleason actuó. Consciente de que toda resistencia física contra Kidder sería inútil. Se inclinó con rapidez. Aplicando la llama del encendedor al reguero de gasolina.

Una voraz lengua de fuego envolvió a Christopher Kidder. Prendiendo en sus ropas. Convirtiéndole en una antorcha humana. Ni un solo gemido brotó de Kidder. Como si las llamas no le afectaran. Comenzó a vacilar. A tambalearse. Un nauseabundo hedor se dejó sentir. Kidder terminó por caer. Su blanquecino cuerpo ya renegrido.

Patrick Gleason había retrocedido.

Alucinado por la terrorífica transformación.

Allí permaneció hasta ver a Christopher Kidder convertirse en cenizas.

CAPITULO XI

Una noche más.

Como otras tantas.

Richard Bloom y una botella de whisky. Hasta embrutecerse. Hasta lograr borrar de su mente todo recuerdo. Era difícil. No conseguía olvidar. La seguía amando. Aún después de muerta.

¿Un año?

¿Dos...?

Toda una eternidad para Bloom. El tiempo, sin Nancy, era una interminable y angustiosa sucesión de horas, días, semanas... Vivía amargado. Sin conseguir aceptar la realidad. Resistiéndose a creer aquella ausencia. Rememorar los tiempos felices era aún mayor tormento para Bloom.

El y Nancy. Juntos. Amándose. Felices. Días maravillosos. En el mejor de los paraísos. Nada parecía poder turbar aquella felicidad. Imposible que aquel amor llegara a extinguirse jamás.

Sólo la muerte logró separarles.

Una rápida y cruel enfermedad acabó con Nancy. Sumiendo a Richard Bloom en la desesperación. Y fue éste quien decidió hibernar el cadáver de su esposa. Con la esperanza de recuperarla en el futuro. Con la ilusión de retornar a los días felices.

Pero Bloom ya había perdido la ilusión, la esperanza... La amargura anidaba en su corazón. Su único consuelo, torpe y vano, era el whisky.

Como aquella noche.

Una más.

Richard Bloom estaba en la trastienda de su librería. Un buen local. En la planta baja de un edificio antiguo. Una librería especializada en libros de arte. En posesión de valores incunables.

Bloom, que antaño disfrutaba con su profesión, con los viejos libros, ya sólo compartía su soledad y amargura con el whisky.

—Richard...

Bloom sacudió la cabeza. Aferró Con ambas manos la botella de whisky llevando el gollete a los labios. Bebió largamente.

La voz de Nancy.

También otras noches, en la soledad de la trastienda, creyó oír la voz de Nancy llamándole desde el Más Allá.

—Richard...

Bloom parpadeó, agitando nuevamente la cabeza.

Aquella voz...

Parecía tan real. Sonaba tan cerca...; pero era efecto del whisky. Del alcohol que aturdía su mente, haciéndole recordar con más fuerza a Nancy.

Richard Bloom estaba en el sillón. De espaldas a una de las estanterías donde se alineaban, cuidadosamente ordenados, los libros de más valor. Una

lámpara de pie, junto al sillón, iluminaba la estancia.

La mano avanzó hacia Bloom.

A su espalda.

Una mano extremadamente blanca. Muy delgada. De esqueléticos dedos... Una mano que se posó sobre el hombro izquierdo de Bloom.

—Richard...

Bloom respingó, ladeando la cabeza. Desorbitó los ojos a la vez que balbuceaba incapaz de articular palabra alguna. Contemplando con aterrada mirada a la mujer.

Era Nancy.

El fantasma de Nancy.

—No..., no...

—Soy yo, Richard. Nancy... He vuelto...

Bloom se fue deslizando en el sillón hasta abandonarlo por completo. Retrocediendo espantado. Sin desviar la aterrada mirada de la mujer.

Permanecía tras el sillón. Avanzó, quedando bañada por la luz de la lámpara. Su rostro blanquecino. De marcados pómulos. Ojos muy brillantes. Verdosas venas destacando en las sienes. En el cuello... Vestía un largo abrigo. Cubriendo un vestido desmesuradamente ancho. El pelo rubio largo, sobre sus hombros.

Los labios de la mujer esbozaron una sonrisa. Una mueca que incrementó el terror de Bloom.

—¡No...! ¡No...! ¡No eres Nancy...!

—Sí lo soy, querido... Tenía que regresar..., tampoco yo puedo estar sin ti... Soy Nancy... Tu Nancy...

—Un fantasma... ¡Eres un fantasma...! ¡Vete...!

—El anillo..., mira el anillo, Richard... Fui hibernada con él, ¿recuerdas? El anillo que tú me regalaste.

Bloom volvió a balbucear.

Pálido de horror.

Contemplando la huesuda mano, cuyo dedo índice lucía un ancho anillo de oro con dibujos en relieve.

Sí.

Reconoció el anillo. El mismo que compró en San Francisco. Durante un viaje que realizaron juntos.

—Tu pelo —consiguió articular Bloom, con temblorosa voz—, Tu pelo es...

Bloom enmudeció.

Nancy había llevado sus esqueléticas manos a la cabeza desprendiéndose de la peluca rubia. Descubriendo su rapada cabeza.

—Esto es una peluca, Richard. La tomé del Cryonic Cemetery. No dudes más, amor. Soy Nancy..., quiero estar contigo..., a tu lado...

No.

Bloom ya no dudaba.

Aquel engendro del Más Allá era Nancy.

—¡Atrás...! ¡Atrás, Nancy...! ¡Vete...! ¡Vete...!

La mujer no retrocedió. Siguió avanzando. Alargó las manos hacia Bloom. Con intención de abrazarle.

Y Richard Bloom aulló de terror. Con desencajadas facciones, empujó a la mujer. Violentamente. Nancy trastabilló, aunque sin llegar a caer.

Bloom atrapó un candelabro de bronce de la estantería. Comenzó a golpear la cabeza de Nancy.

—¡Atrás...! ¡Atrás, monstruo infernal...!

Fue inmovilizado.

Las manos de Nancy, aparentemente frágiles, aferraron con fuerza el brazo de Bloom, obligándole a soltar el candelabro.

Richard Bloom acusó por primera vez el fétido aliento que emanaba de la mujer. Su rostro muy próximo. Los ojos destellantes. Las hinchadas venas verdosas...

Bloom cayó de rodillas. Sollozando histérico. Temblando de pies a cabeza.

—Vete..., vete...

—Yo no te hubiera rechazado, Richard... Jamás te hubiera rechazado... Si no me quieres aquí..., ven tú conmigo... Juntos no me importa seguir en las tinieblas... Ven, Richard...

—¡No...! ¡NO...!

Bloom gateó por el suelo, esquivando las manos de la mujer. Se incorporó precipitándose hacia la puerta. La abrió, escapando de la trastienda. Cerró tras de sí. Fue entonces cuando escuchó el ulular de la sirena.

Un coche de la Metropolitan Police se detuvo frente a la puerta de la librería.

Richard Bloom acudió a abrir la puerta de entrada al establecimiento, aunque el cerrojo ya había sido desplazado. Sin duda por Nancy.

Dos agentes uniformados avanzaron capitaneados por un individuo de paisano.

—¿Es usted Richard Bloom? —interrogó el individuo de paisano—. Soy el teniente Williamson. Ha ocurrido algo extraño y sorprendente en el Cryonic Cemetery de Hinesville. Allí reposa su esposa, ¿no es cierto?

Bloom movió la cabeza.

Como un autómata.

—Ignoramos la causa, pero los allí hibernados han vuelto a la vida —dijo el teniente—. Son seres monstruosos. Indestructibles. Sólo el fuego parece acabar con ellos. Han cometido varios crímenes y...

—No era una pesadilla..., no era una pesadilla...

—¿Cómo dice, señor Bloom...? Tranquilícese. Estamos aquí para protegerle. Si nos permite pasar le contaré más detalladamente lo ocurrido; aunque yo mismo estoy algo aturdido. La alarma nos fue comunicada por el sheriff de Hinesville.

—Era Nancy... Nancy...

—Uno de mis hombres lleva una pistola lanzallamas, señor Bloom. Las balas no hacen efecto en...

Richard Bloom giró sobre sus talones.

Corrió hacia la trastienda.

—¡Nancy...! ¡Nancy...!

El teniente Williamson y los dos agentes permanecieron unos instantes perplejos. Cuando reaccionaron, ya Bloom había penetrado en la trastienda cerrando tras de sí.

El teniente comenzó a golpear la hoja de madera.

—¡Señor Bloom...! ¡Abra la puerta...!

—Se ha vuelto loco —comentó uno de los agentes—. \ no me sorprende. Se lo ha soltado muy bruscamente, teniente. Decirle a uno que su mujer ha vuelto del Más Allá es para...

Un momento... Huele... ¡Huele a quemado...! ¡Bloom...! ¡Señor Bloom...!

Los policías cargaron contra la puerta.

A la tercera embestida hicieron saltar la cerradura franqueando la hoja de madera. Se detuvieron bajo el umbral. Paralizados por el horror y la sorpresa. Contemplando alucinados la escena.

Varias botellas de líquido inflamable, destinado a la limpieza de libros encuadernados en piel, aparecían en el suelo.

Y en el centro de la estancia, dos cuerpos abrazados se consumían envueltos en llamas.

EPILOGO

Patrick Gleason accionó el mando desconectando el cassette. Dejó el micro sobre el soporte para seguidamente incorporarse y avanzar hacia el ventanal. La claridad del nuevo día se filtraba ya en la habitación.

—Ya he terminado; Sharon. Puedes pasarlo a máquina y enviarlo a la Bauer Press.

Sharon estaba en el sofá. Manteniendo sus verdes ojos fijos en el cassette.

—Es... es magnífico, Patrick. El mejor reportaje de tu carrera.

—Es una triste historia, Sharon. Una lección que, de .seguro, no será asimilada. El hombre seguirá resistiéndose a morir. Jugando a convertirse en dioses. Nadie se explica lo ocurrido. El fenómeno que hizo revivir a los hibernados de Hinesville.

—Ha sido horrible..., como una pesadilla...

—Sí. Horrible y sangriento. Nada se pudo hacer por evitarlo. Yo llegué tarde a Kahn Boulevard. Al igual que la policía. Perdieron mucho tiempo después de recibir el aviso del sheriff Valdwell.

—Era difícil darle crédito.

Gleason esbozó una triste sonrisa.

—Imagino al sheriff y a sus hombres viendo salir de los féretros a los cuatro hibernados. Dispararon sobre ellos sin resultado alguno. He hablado con Valdwell. Me llamó para disculparse. En el tiroteo realizado en el Cryonic Cemetery, se originó un incendio en los aparatos. Todo quedó pasto de las llamas. Así acabaron con... con ellos. Luego encontraron a Ned Howard. Había exterminado a los ocupantes de una granja. También le rociaron con llamas. Y al comunicar todos los sucesos a la policía de Dallas, le tomaron por loco. Se perdió un tiempo precioso. Suficiente para que Christopher Kidder y Nancy Bloom...

—¿Qué ocurrió en la trastienda de la librería? —Inquirió Sharon, con tenue voz—. La versión del teniente Williamson...

—El teniente no puede conocer la verdad. Ya nadie puede saber qué ocurrió allí. En mi reportaje tampoco hago hipótesis. No quiero hacerlas. Sería muy sencillo y positivo incrementar el morbo. Hablar del demoníaco y feroz ataque de Nancy contra su marido. Otros compañeros se encargarán de ello. La prensa sensacionalista y macabra está de fiesta. Tiene abundante carnaza.

Sharon se incorporó del sofá.

Tomó el cassette.

—Pasaré el reportaje a máquina. En la Bauer Press estarán impacientes por recibirlo.

—Procura hacerlo rápido, Sharon. Voy a solicitar dos pasajes para Miami. Nos vamos hoy mismo. Una semana de descanso.

—Me parece una magnífica idea,' Patrick. Necesitas ese descanso.

Gleason abarcó entre sus manos el rostro femenino. Besó con suavidad los labios de la muchacha.

—Te necesito a ti, Sharon.

—Patrick...

Volvieron a unir sus labios.

Fue Gleason quien se separó.

—No perdamos más tiempo, pequeña. Antes de salir, quiero que también escribas una carta al señor Bauer. Presentando mi dimisión. No me gustó la indiferencia mostrada hacia Suzanna. Quiero trabajar para seres humanos, no para mercachifles.

Sharon asintió sonriente.

Patrick Gleason acudió junto al teléfono para solicitar aquellos pasajes con destino a Miami. Ciertamente necesitaba el descanso. Olvidar la pesadilla del Cryonic Cemetery.

Y Sharon le ayudaría a olvidar.

FIN